

UNIVERSITAT POMPEU FABRA

Facultad de Humanidades

Maternidad(es)

Ambivalencia, culpa y soledad en las “madres” de Marlen Haushofer

Ana Montañez Peix

NIA: 205408

Tutora: Maria Teresa Vinardell i Puig

Año académico: 2020-2021

ÍNDICE DE CONTENIDOS

1. Introducción.....	3
2. Breve estado de la cuestión: Marlen Haushofer ¿literatura feminista?	6
3. Maternidad: Construcción del concepto	8
3.1. Maternidad en Europa	8
3.2. Maternidad en Austria: de la Primera República al <i>Anschluss</i>	12
3.3. Simone de Beauvoir: cuestionando la mujer-madre	17
4. La maternidad en las obras de Marlen Haushofer	19
4.1. <i>Un puñado de vida (Eine Handvoll Leben)</i>	19
4.2. <i>La puerta secreta (Die Tapetentür)</i>	30
4.3. <i>Nosotros matamos a Stella (Wir töten Stella)</i>	36
5. Conclusiones.....	43
Bibliografía.....	45
Apéndice.....	51

1. Introducción

«Estoy sola». Con estas palabras empieza *Nosotros matamos a Stella*, una de las novelas de la escritora austríaca Marlen Haushofer. La elección de esta frase como punto de partida de este trabajo no es ninguna arbitrariedad, sino que responde a dos motivos que considero especialmente relevantes. El primero, es que estas fueron las palabras que me introdujeron en el universo literario de la autora y me permitieron conocer su obra, una obra que, a pesar de estar escrita hace más de cincuenta años, mantiene su frescura y relevancia al abordar de manera crítica la imposición de ciertos roles de género a la mujer. El segundo, y más relevante para el propósito académico de este trabajo, es porque a pesar de que estas palabras son pronunciadas —o, mejor dicho, escritas— por Anna, la protagonista de *Nosotros matamos a Stella*, en ellas se reflejan cada una de las protagonistas de las obras de madurez de la autora.

Y es que la soledad es un concepto omnipresente en las obras de Marlen Haushofer. Sus protagonistas son mujeres que, asfixiadas por los roles de géneros impuestos por una sociedad patriarcal y ancladas en su papel de esposa y madre, encuentran en el aislamiento —real o simbólico— el único espacio posible para el autoconocimiento, la introspección y el desarrollo individual.

Esta premisa es también la que aparentemente rigió la vida de la autora. Nacida en 1920 en Frauendorf, Alta Austria, Marlen Haushofer vivió una infancia agradable, arropada por unos padres atentos en un escenario natural idílico al que con frecuencia hacen referencia sus novelas. Esta estabilidad, pero, se quebró en 1930, cuando una joven Marlen fue enviada al internado de las ursulinas de Linz. Como ella misma confesó, el paso de la libertad de la que gozaba en Frauendorf a la vida monástica la llevó a una severa depresión (Lackenbucher 1968: 13). Esta situación servirá de inspiración a la autora que aprovechará su novela *Un puñado de vida* para relatar una experiencia similar a través de Elisabeth, su protagonista, quien ahondará en los sentimientos de no-pertenencia y de incomodidad generados por la encorsetada vida en un internado católico.

Así, Haushofer, a pesar de haber sido educada a partir de férreos valores religiosos, o quizá debido a este hecho, no se amoldó fácilmente al estereotipo que estos proponían para la mujer. En 1941 dio a luz a su primer hijo, fruto de una relación informal con un compañero de carrera. Posteriormente, ese mismo año, se casó con Manfred Haushofer.

Con 23 años, la brillante estudiante dejó todo aparcado para dedicarse al hogar y a su hijo. Sin embargo, en este papel restrictivo no parecía lograr encontrarse a sí misma.

Como ella misma anotó en sus diarios: «En el fondo, sólo puedo vivir si escribo» (Gürtler 2010). Por ello, y a pesar de tener que hacer equilibrios compaginando las tareas domésticas, su trabajo como auxiliar en la clínica de su marido y su papel como madre y esposa, Marlen Haushofer logró dedicar parte de su tiempo a la escritura, alcanzando cierta notoriedad en su país natal.

Su lucha por conjugar el papel de madre y esposa con su individualidad alcanzó e impregnó a sus personajes femeninos, que se revelan complejos y ambivalentes en sus comportamientos y acciones, denotando, así, las dificultades y dicotomías que enfrenta la mujer en una sociedad de tradición patriarcal. Es por ello por lo que, como ella misma afirma, podemos considerar a sus protagonistas como partes de ella, «personalidades escindidas, por así decirlo, que conozco muy bien» (Lorenz 1979: 174).

En este trabajo, pretendo analizar precisamente las ambivalencias que se manifiestan en estas «personalidades escindidas» poniendo el foco de atención en cómo Haushofer refleja la maternidad a través de sus obras. Para ello, analizaré tres de sus novelas: *Un puñado de vida*, *La puerta secreta* y *Nosotros matamos a Stella*. En cada una de ellas, encontramos una lectura diferente de la maternidad y una distinta adhesión a los roles preestablecidos por la sociedad, siendo esto reflejo —consciente o inconsciente— de los cambios para con el estatus de la mujer que se empezaban a forjar en el momento de su publicación. Para preservar en la medida de lo posible el sentido original de los textos, se contrastarán —gracias a la inestimable ayuda de mi tutora— las citas extraídas de las traducciones al español con su versión original en alemán. Por si pudiera ser de interés para el lector, las citas incluirán una referencia entre corchetes que se corresponde al número en el que se refleja el texto original en el apéndice.

Por la relación directa entre el contexto sociocultural del momento y las obras de la autora, creo necesario, pero, antes de analizar su posición, hacer un breve repaso a la conceptualización de la maternidad y al rol de la mujer en la Europa de principios del siglo XX. Tras estos breves apuntes, me propongo analizar el contexto austríaco en el que la autora creció y se educó, en tanto que presenta ciertas particularidades que parecen reflejarse en sus obras. Finalmente, y antes del análisis de sus obras, creo necesario también dedicar unas líneas a la figura de Simone de Beauvoir, por ser un influencia

directa y documentada para la autora austríaca, y por ser una de las autoras que contribuyó a este replanteamiento del papel de la mujer en sociedad.

Así, a través del análisis de las obras de Marlen Haushofer y del contexto en que se publicaron, intentaré ofrecer, a modo de conclusión, mi pequeña aportación al debate académico que cuestiona la pertinencia —o no— de considerar a Marlen Haushofer como una autora feminista.

2. Breve estado de la cuestión: Marlen Haushofer ¿literatura feminista?

La recepción de la obra de Marlen Haushofer ha sido bastante irregular. En el momento de publicación de sus obras, en los años 50 y 60, la crítica consideró que sus novelas eran estrictamente ficciones de mujer, sin ningún tipo de crítica histórica o política, obras banales que no presentaban más interés que el de poder hacer una lectura psicológica o biográfica (Kecht 2007: 84).

Haushofer era considerada una autora poco moderna que priorizaba el contenido a la forma. Así, las complejas relaciones de género que reflejaba en sus obras fueron consideradas «muestras de incapacidad para desarrollar caracteres y biografías pletóricos» (Reichart 2003: 174), solo un síntoma más de una narrativa anclada en el pasado. Los críticos veían en los personajes de Haushofer «seres neurasténicos, hipersensibles, incapaces de resistir la normalidad» (Reichart 2003: 174).

Esta recepción prevaleció hasta los años ochenta, momento en que la crítica feminista recuperó a la autora austríaca en ver en ella «una autora que no escribía sobre la excepción, sobre lo anormal, sino que ponía la mirada, y de forma radical, sobre la realidad existente entre los géneros» (Reichart 2003: 174).

El nuevo contexto sociocultural propició el estudio de la figura de Marlen Haushofer y la relectura de sus obras, esta vez, con un enfoque radicalmente diferente al que había surgido en el momento de su publicación.

Así, a finales de los ochenta, académicas como Jacqueline Vansant veían en el trabajo de Haushofer obras «implicitly feminist» pues a pesar de que la autora nunca confirmó esta posición, sus obras eran un ataque a los clichés de género, a la subordinación de la mujer en la sociedad patriarcal y exploraban distintas vías hacia una nueva identidad de la mujer (1988: 5). En este sentido, Rita Felski afirma que, si bien no todas las novelas protagonizadas por mujeres deben ser consideradas feministas, también es cierto que la mayoría de los textos feministas están protagonizados por personajes femeninos, reflejando así el cambio de estatus de la mujer y de su subjetividad producto de la segunda ola feminista (1989: 14).

A partir de estos trabajos, las lecturas de Haushofer en clave feminista han dominado el debate académico. Autoras como Cecilia Drey Müller ven en las obras Haushofer un trabajo de investigación acerca del ámbito doméstico y una «denuncia del no-lugar de la

mujer en la sociedad patriarcal» (2008: 84). Rosa Marta Gómez Pato, siguiendo esta línea, ve en obras como *Nosotros matamos a Stella* la representación de «la rígida asignación de roles de género, la aceptación de los mismos y la gran dificultad, también para la mujer, de salir de este orden social» (2008: 17).

A pesar de que esta línea interpretativa es hoy en día la más extendida, hay autores que todavía ven en la pasividad de los personajes femeninos de Marlen Haushofer un indicador de que la autora aspiraba a mostrar otros conflictos, no siempre relacionados con las relaciones de género per se. Así, por ejemplo, Nieves Trabanco afirma que a pesar de que sus obras «desemboquen, consciente o inconscientemente, en una crítica radical de los comportamientos masculinos» en ellas no se encuentra una «actitud decididamente combativa» (1998: 179). Ella propone, en cambio, una interpretación condicionada no tanto por la pugna de géneros, sino a través de la vivencia —como sociedad— del fascismo y de la violencia política, que acaba reflejada en los personajes (Trabanco 1998: 175).

En esta misma línea, Gustavo Martín Garzo destaca que los personajes femeninos de Haushofer «son seres que apenas se rebelan contra las injusticias y se limitan a soportar lo que les cae en suerte» (2008: 13). Por ello, propone una lectura más próxima al existencialismo que al conflicto asociado a los roles de género.

3. Maternidad: construcción del concepto

Para hablar de maternidad, este trabajo tomará como válida la propuesta que surge desde la teoría feminista y que establece que la maternidad «no es un “hecho natural”, sino una construcción cultural multideterminada, definida y organizada por normas que se desprenden de las necesidades de un grupo social específico y de una época definida de su historia» (Palomar Vereá 2005: 36).

Partir de esta base permite analizar el imaginario que existe detrás del concepto de maternidad en diferentes contextos geográficos e históricos. Para el propósito de este trabajo, que no es otro que analizar el papel que juega la maternidad en las obras de Marlen Haushofer y las ambivalencias que presenta, me propongo a abordar, en primer lugar, la conceptualización de la maternidad en la Europa de principios del siglo XX y sus raíces históricas. En segundo lugar, pretendo analizar las particularidades que adquiere este concepto en Austria desde la Primera República hasta los años 50, en tanto que es el contexto en el que nace, se educa y socializa la autora y está impregnado de una concepción de la maternidad que oscila entre una concepción religiosa y el nacionalismo. Finalmente, pretendo señalar la importancia de Simone de Beauvoir y su obra, *El segundo sexo*, en tanto que plantea una nueva forma de entender la maternidad conformando un nuevo escenario que será crucial para entender las obras de Marlen Haushofer.

3.1. Maternidad en Europa

Cuando hablamos de maternidad, la Europa de principios del siglo XX todavía es deudora del imaginario que entorno a este concepto se forjó en el siglo XVIII. Fue entonces cuando se definieron nítidamente las esferas sociales, pública y privada, y donde se distinguieron claramente los roles de género «al oponer entre sí hombres políticos y mujeres domésticas» (Lancharro Tavera *et al.* 2011: 326). Con ello, además de excluir a las mujeres de la vida pública, se destacaba su dependencia económica respecto al hombre «lo que limitará aún más su capacidad de construirse como individuos» (Hernández Corrochano 2012: 39).

Uno de los ejemplos más claros de esta división lo expone Jean-Jacques Rousseau en su obra de 1762 *El Emilio o de la educación*. En el quinto libro de esta obra, Rousseau introduce a Sofía, la compañera de Emilio. Esta figura femenina representa a la mujer ideal, «la madre que cuida y amamanta a sus hijos, la madre que se deshace en cuidados para todos los miembros de la familia, [...] la madre que por *instinto* se sacrifica por todos

los miembros de su familia y además lo hace de manera *natural*» (Lancharro Taveró *et al.* 2011: 327).¹

Será el mismo Rousseau el que afirme que los deberes de la mujer para con el hombre comportan el «educarlos de jóvenes, cuidarlos de adultos, aconsejarlos, consolarlos, hacerle la vida agradable y dulce» y que, para ello, las mujeres deben ser educadas desde su infancia siguiendo este modelo (Rousseau 1997: 545).² Esta educación, como bien señala Miriela Sánchez Rivera, no tenía como meta integrar a las mujeres en el ámbito público, sino «prepararlas para ser sabias consejeras o educadoras de infantes y ciudadanos» (2016: 936).

Este modelo educacional presupone la existencia en la mujer de la función natural de ser madre y cuidadora, en tanto que esta función se encuentra «en una especie de código biológico que se traduciría en capacidades, habilidades y saberes, producto de un instinto inscrito en la naturaleza femenina» (Sánchez Rivera 2016: 922).

Se mitifica a partir de entonces un amor y un instinto maternal que predestina a las mujeres a ser madres, cuidadoras, protectoras y responsables únicas del cuidado filial y para ello se desarrollan, desde todos los ámbitos de la sociedad, una serie de discursos y prácticas que legitiman y perpetúan esta vinculación entre mujer y madre.

En este sentido, Elisabeth Badinter señala que se erigen tres líneas discursivas distintas, pero complementarias, con el propósito de anclar a la mujer en su rol de madre. La primera, de carácter económico, se dirige a los hombres «responsables» y apela al valor del hijo casi en términos mercantiles. Los niños, en un momento histórico donde la mortalidad infantil presenta tasas muy elevadas, se convierten en un activo que contribuye al futuro enriquecimiento y poder militar del Estado moderno. Por ello, y según esta visión poblacionista, la mujer debía dedicarse a su cuidado, manutención y educación, silenciando «su egoísmo a favor de los hijos» (Badinter 1981: 131).

La segunda línea discursiva, de carácter filosófico, se dirige a la ciudadanía en general y apela a la igualdad —en tanto que «el poder llamado paternal en realidad es un poder compartido con la madre» (Badinter 1981: 141)— y a la felicidad —en tanto que la libertad de elección conyugal basada en el amor contribuye a que la maternidad sea un

¹ Las cursivas son mías

² Citado por Hernández Corrochano (2012: 39).

«deber impuesto, pero [a la vez] la actividad más envidiable y más dulce que pueda esperar una mujer» (Badinter 1981: 146).

Finalmente, una tercera línea discursiva surge dirigida especialmente a las mujeres. En ella se apela al retorno a la naturaleza, ensalzando el papel de la mujer «salvaje» e incluso de las hembras animales que «instintivamente» nutren a sus crías. Ante las objeciones de muchas mujeres al amamantamiento, se glorifica la imagen de la nodriza a través del arte, se le otorga a la mujer la posibilidad de obtener reconocimiento público en su rol de madre y se le garantiza una fidelidad conyugal mayor si esta se aviene a cumplir con su papel nutricional (Badinter 1981: 160). Por si todo esto fuera poco convincente, se añade a esta línea discursiva cierto tono de amenaza —especialmente en términos sanitarios— señalando que la negación del amamantamiento puede tener efectos adversos en la salud de las madres, además de ser condenable moralmente por ser «una injusticia cometida contra el niño» (Badinter 1981: 163).

Con todos estos argumentos, se empieza a definir nítidamente la figura de la buena madre, aquella que cumple con todo lo exigido, sacrificándose por la crianza, manutención y educación del hijo. La existencia de este modelo de *buena madre*, además, presupone la existencia de su antagonista, la *mala madre*. Esta se define ex negativo, es decir, no tiene unas características propias, sino que comprende todo lo que se aparte del modelo de buena madre, considerándose este comportamiento «anormal» o «desviado» (Palomar Vereá 2005: 36). Asociando la maternidad a un hecho natural, esta se convierte en un deber que toda mujer debe querer asumir, en tanto que es su función. Aquellas que no manifiesten estas «cualidades requeridas o/y se nieguen a ejercerlas son desviadas o deficientes como mujeres» (Saletti Cuesta 2008: 174). Así, en el imaginario de la mala madre se incluyen figuras tan dispares como la madre incapaz, la madre desertora, la madrastra o, en definitiva, cualquier figura materna que «alimente un desencuentro entre la figura de la madre y de la mujer» (Reyes Ferrer 2017: 48).

Todo este discurso se mantiene en el siglo XIX, momento en el que se reviste de un carácter «científico con una base empírica y positivista», pero que no hace más que reiterar «la capacidad reproductora de la mujer y su consecuente instinto maternal» (Hernández Corrochano 2012: 76).

A principios del XIX, las tasas de mortalidad infantil siguen siendo extremadamente elevadas. Por ello, y a partir de las nuevas prácticas médicas e higienistas, la maternidad

se pone bajo la tutela de médicos, generalmente varones, que pretenden convertir a las madres en «*madres conscientes*» que cumplieran con una doble misión: «centrarse en la generación y crianza de los hijos, excluyéndose su presencia en cualquier otro espacio» y convertirse en «agentes de progreso y mejoramiento de la sociedad y de la raza» (Palacios Lis 2007: 112).

La clase médica sustraía a las madres su protagonismo para convertirse ellos mismo en «guías y educadores de la sociedad y de las clases populares en particular [...] a través del adoctrinamiento y las consignas dirigidas al colectivo femenino» (Palacios Lis 2007: 113). Médicos, maestros y educadores estaban convencidos que solo la práctica de disciplinas como la psicología, la higiene o la maternología se podía «asegurar el bienestar físico y moral de la humanidad», y en este aspecto, a la madre competía «favorecer inteligentemente el desarrollo del cuerpo [y] modelar el alma de los hijos» y, por tanto, más allá de obras «impulsada por el ciego instinto que un intenso amor provoca» debía adquirir las «luces suficientes para encauzar como es debido las energías psicofísicas del ser queridísimo que Dios ha puesto a su cuidado con el fin de convertirlo en hijo amantísimo y perfecto ciudadano, útil a la patria y a la sociedad» (Palacios Lis 2003: 65).

Como señala María de la Macarena Iribarne González, no deja de ser curioso que, en el siglo XIX, cuando las mujeres se deben someter a los preceptos dictados por un varón respecto a la crianza de los hijos sea también el momento de «consolidación del mito del instinto maternal» que venía proponiéndose desde el siglo XVIII (2010: 196).

Así llegamos a principios del siglo XX, con una maternidad intrínsecamente ligada al ideal de mujer y a su feminidad, una maternidad definida como un hecho universal, natural y propio de la mujer pero que requería de la tutela de los varones para alcanzar todo el potencial con el que cumplir su *misión social*.

Con la Primera Guerra Mundial, pero, se llega a un punto interesante desde el punto de vista femenino. El conflicto bélico hace que los hombres se desplacen al frente, y, en consecuencia, son las mujeres las que deben ocupar sus puestos en el ámbito laboral para mantener la producción. Por primera vez, el trabajo «masculino» es desempeñado por mujeres, aunque como bien apuntan Graciela Padilla Castillo y Javier Rodríguez Torres, «sin ninguna pretensión de perpetuidad» (2013: 200). Esto no supone, de ningún modo, que las mujeres abandonaran su rol tradicional como madres y amas de casa, rol que

compaginaron con el trabajo asalariado, pero sí les permitió trascender temporalmente el ámbito doméstico y demostrar —y demostrarse— que no existía ningún factor natural que les impidiera su desarrollo fuera de las cuatro paredes del hogar.

Este pequeño oasis de semilibertad para la mujer se vio rápidamente desarmado con el fin de la guerra. La vuelta a casa de los hombres, que reclamaban para sí los empleos, así como la devastadora cifra de muertes y las bajas tasas de natalidad que dejaba tras de sí el conflicto bélico, obligaron a las instituciones a buscar, de nuevo, un discurso que apelara al retorno de la mujer al hogar para que ejerciera su papel primordial, ser madre.

Como señala Rose-Marie Lagrave, «las reconstrucciones nacionales también son empresas de repoblamiento de las naciones» (2000: 508). La vuelta de las mujeres al hogar era indispensable para asegurar este repoblamiento, pero, el discurso naturalista/biologicista había perdido fuelle en demostrarse falsable con la entrada femenina a la fuerza laboral. Por ello, las nuevas políticas profamiliares adoptaron otros mecanismos que iban desde la prohibición del trabajo de mujeres casadas a la revalorización de la imagen de la mujer en el hogar mediante una educación orientada para ello (Lagrave 2000).

Desde las instituciones se acusó a las mujeres trabajadoras de oportunistas y se les exhortó «en nombre del derecho de los excombatientes, [...] de la reconstrucción nacional y de la defensa de la raza, [a volver] a sus casas y a sus oficios femeninos» (Thébaud 2000: 96). Se pretendió inculcar una nueva idea de «*domesticidad moderna* que requería nuevos conocimientos: nutrición, salud, crianza científica» (Garrocho Burgos 2012: 402).

La mujer, entonces, debía ser madre en nombre de la patria y de la repoblación nacional. Se restablecía así la división de géneros que apelaba al hombre combativo y conquistador y relegaba a la mujer a la procreación y la crianza de hijos. Con este modelo, las sociedades devastadas por la guerra pretendían «reencontrarse con la paz y la felicidad en un mundo que se percibe como desorganizado» (Thébaud 2000: 103).

3.2. Maternidad en Austria: de la Primera República al *Anschluss*

Al aproximar nuestro foco de atención al contexto en el que creció y se educó Marlen Haushofer, nos encontramos ante una Austria profundamente marcada por una naturaleza patriarcal que deriva, no tan solo de lo expuesto en el apartado anterior, sino de la

influencia religiosa en la modelación de la imagen de la mujer promovida por los sectores católicos.

En 1918, tras el desmantelamiento del Imperio Austrohúngaro al final de la Primera Guerra Mundial, Austria concedió pleno derecho de voto a las mujeres, un derecho que pudieron estrenar en los comicios de 1919. La victoria del partido socialdemócrata de Austria (SDPÖ) ese año parecía apuntar a un cambio en el estatus de la mujer austríaca. En 1920, la Constitución austríaca contemplaba un estatuto de igualdad de derechos que promulgaba que hombres y mujeres eran iguales ante la ley y que cualquier privilegio de nacimiento, sexo, estatus, clase o religión estaban prohibidos. Lo que parecía una victoria para la mujer se quedó, pero, en papel mojado. Por un lado, porque la Corte Suprema austríaca advirtió que era un estatuto sujeto a la interpretación judicial — lo que implicaba que por la noción de que los sexos eran naturalmente distintos podían recibir diferente tratamiento jurídico— y, por otra parte, porque no existía una consciencia pública suficientemente fuerte para hacer implementar esta ley de manera absoluta (Vansant 1988: 16).

Tras la caída del gobierno de coalición del SDPÖ en 1920, Austria quedó en manos del partido socialcristiano (CS) de forma casi ininterrumpida hasta la anexión con Alemania en 1938. Durante todo este período, el catolicismo fue un elemento vertebral de la ideología austríaca (Arco Blanco 2007: 125). Las políticas conservadoras promulgadas por el CS cristalizaron, en lo referente a las mujeres, en consignas como «*Frau zurück ins Haus*», un eslogan que demandaba el retorno de las mujeres al hogar en la década de los 30 (Vansant 1988: 19).

El ideal de familia cristiana se iba imponiendo en el modelo estatal austríaco. Desde los órganos de poder y desde las instituciones cristianas se percibía que la mujer trabajadora se iba alejando de su rol «natural», esto es, ser madre. Los grupos católicos tomaron como referencia la encíclica *Casti Connubi*, promulgada por el Papa Pío XI en 1930, que advertía de los peligros de la emancipación (fisiológica, económica y social) de la mujer.³ Para Pío XI, este proceso representaba la corrupción «del carácter propio de la mujer y

³ «Fisiológica, porque quieren que las mujeres, a su arbitrio, estén libres o que se las libre de las cargas conyugales o maternas propias de una esposa [...]; económica, porque pretenden que la mujer pueda, aun sin saberlo el marido o no queriéndolo, encargarse de sus asuntos, dirigirlos y administrarlos haciendo caso omiso del marido, de los hijos y de toda la familia; social, finalmente, en cuanto apartan a la mujer de los cuidados que en el hogar requieren su familia o sus hijos, para que pueda entregarse a sus aficiones, sin preocuparse de aquéllos y dedicarse a ocupaciones y negocios, aun a los públicos» (Pío XI 1930: 27).

de su dignidad de madre» en tanto que la mujer que «desciende de la sede verdaderamente regia a que el Evangelio la ha levantado dentro de los muros del hogar» caerá «en la antigua esclavitud, y volverá a ser, como en el paganismo, mero instrumento de placer o capricho del hombre» (Pío XI 1930: 27).

Antes de esto, en la década de 1920, varias asociaciones de mujeres católicas de Viena ya venían promoviendo programas de formación destinados a niñas y jóvenes que respondían a tres objetivos: implementar o estabilizar un trabajo dividido por géneros, lograr incrementar la reproducción entre las mujeres trabajadoras y, por último, influir políticamente sobre las mujeres (Bandhauer-Schöffmann 2016: 49).

Para algunos —y especialmente para algunas— esto era insuficiente. Así, en la década de los treinta, y especialmente tras la publicación de la encíclica antes mencionada, algunas asociaciones de mujeres católicas pedían incorporar una formación dedicada de forma exclusiva a la maternidad. Es el caso de Mina Wolfring, miembro destacado de la *Katolischen Frauen-Organisation*, quien en su artículo «*Warum sind Mütterschulen eine Notwendigkeit*» (¿Por qué las escuelas maternas son una necesidad?) argumentaba que, si todas las profesiones requerían una formación específica, por qué la maternidad debería ser diferente si «*según las leyes humanas y divinas, la madre es la única compañía correcta para el niño y el cuidado y la crianza del niño es su tarea más importante*» (1930: 153).⁴

Con la llegada al poder de Engelbert Dollfuss en 1932, este ideal cristiano de la maternidad se fue impregnando de un carácter nacionalista, creando ciertas controversias entre asociaciones católicas y el Estado.

El canciller Dollfuss, aprovechando la fragilidad parlamentaria, fue encaminando al país hacia un sistema autoritario de corte clerical, también conocido como austrofascismo (Gellot 1988: 573). Entre 1933 y 1934, el país fue adoptando políticas muy similares a las desarrolladas en la Italia de Mussolini, de quien el canciller era gran admirador. Será precisamente en 1933 cuando el canciller tome como aliada a Mina Wolfring,

⁴ Traducción y cursiva propias. En el original: «Nach menschlichen und göttlichen Gesetzen ist die Mutter die einzig richtige Gesellschaft für das Kind und die Pflege und Erziehung desselben ihre wichtigste Aufgabe» (Wolfring 1930: 153).

mandándola a Italia en una misión de reconocimiento de las políticas estatales fascistas con respecto a la maternidad (Chappel 2018: 73).⁵

Tras este viaje, Dollfuss aprovechó la popularidad de la que gozaba Wolfring entre las asociaciones católicas para implementar nuevas políticas natalistas y de crianza de corte nacionalista con las que pretendía combatir las bajas tasas de natalidad de Austria (Gellot y Phayer 1987: 106). Así, en 1934, Wolfring fue nombrada *Frau Bundesleiterin des Mutterschutzwerk*, convirtiéndose con ello en la líder de una nueva organización femenina complementaria al Frente Patriótico, el partido unitario oficial del Estado. Desde la cancillería se afirmaba que los cambios socioeconómicos y políticos que habían tenido lugar durante el período republicano habían erosionado el rol tradicional de la mujer como esposa y madre (Gellot 1988: 584).

Para poner freno a esta situación, la *Mutterschutzwerk* lanzó una serie de iniciativas con la voluntad de revalorizar la maternidad. En palabras de Wolfring, el deber de la *Mutterschutzwerk* consistía en entrenar a las mujeres «to accept their role...and incline them toward their children» (Gellot y Phayer 1987: 106). Se instauraron centros de esta institución en todos los distritos de Viena, así como en los pueblos. Estos actuaban como puntos de distribución donde las mujeres embarazadas o con niños pequeños podían obtener ropa y comida. Asimismo, en estos centros se ofrecían conferencias, debates y cursos de costura para la elaboración de ropa infantil (Gellot 1988: 584).

La organización era también responsable de administrar las ayudas que el Estado destinaba a las familias, así como de organizar las celebraciones en honor de las madres, a las que se les otorgaba una medalla si formaban una familia numerosa, esto es, a partir de cuatro hijos (Gellot 1988: 584).

Además de la acción directa de la *Mutterschutzwerk*, el sistema educativo austríaco se vio dotado de nuevas escuelas y nuevos currículos que apelaban al enaltecimiento de las «cualidades “naturales”» femeninas (Vansant 1988: 19). Nuevas materias como cuidado del hogar, bordado, costura, cocina o salud del hogar se introdujeron en los programas educativos del país (Vansant 1988: 19).

⁵ Esta alianza entre asociaciones católicas y el Estado tomó impulso especialmente tras la encíclica de Pío XI. Desde las asociaciones cristianas se empezó a considerar que la lucha anticomunista era necesaria para defender la institución de la familia cristiana y que, por tanto, se debían buscar nuevos aliados, en este caso, entre las posiciones políticas de poder (Chappel 2018: 71).

Lo que a priori parecía un programa beneficioso desde el punto de vista católico al defender el rol de la mujer como madre y esposa, pronto levantó suspicacias entre la comunidad religiosa. La maternidad, a través de estos programas, quedaba al servicio del estado y perdía su inherente valor ético, moral y cristiano (Gellot 1988: 585). Por ello, desde diversas organizaciones católicas se inició una crítica a esta manera de entender la maternidad en tanto que minaba la moral tradicional y ponía la maternidad al servicio del estado (Allen 2005: 147). Desde estas mismas asociaciones se recordaba que la visión cristiana no reducía a la mujer a su papel de madre, sino que se comprendía que la mujer podía destacar en otros ámbitos —empleo civil, religioso o educativo— siempre y cuando lo hiciera al servicio de Dios (Gellot 1988: 586).

La divergencia entre maternidad cristiana y maternidad nacionalista no hizo más que acentuarse tras la anexión de Austria a la Alemania nazi cuando se enfrentaron directamente estas dos concepciones de la mujer. Mientras para los católicos, que veneraban a la Virgen María, el propósito de la mujer podía concebirse tanto desde el matrimonio como desde el celibato, para los nacionalsocialistas la maternidad era una cuestión de estado (Allen 2005: 172). A pesar de que Mina Wolfring no era en ningún caso nacionalsocialista, sus discursos críticos contra el empleo femenino y el lenguaje casi militar que empleaba para hablar de maternidad contribuyeron a la adhesión de muchas mujeres a las políticas familiares del régimen nazi (Chappel 2018: 77).

Los nacionalsocialistas entendían que la principal misión de la mujer era «procrear hijos fuertes y sanos para la nación» (Pizarro Huerta 2016: 66). Todo intento de modernización social quedó anulado ya que la mujer estaba llamada a ser, de nuevo, prisionera «de su rol ancestral de guardiana del hogar» (Casquete 2013: 179).

Las asociaciones femeninas nacionalsocialistas adoptaron las consignas promulgadas por el Partido y el Estado: «“Patria, hogar y familia” (*Heim, Herd und Familie*)» (Toro Muñoz 2006: 411) y la propaganda se orientó a dibujar una maternidad idealizada en la que las mujeres eran llamadas a «contribuir [a través de la maternidad] a la grandeza del sueño ario» (Pazos Polo y Polo Serrano 2018: 92).

Cabe destacar, pero, que la maternidad entendida desde el nacionalsocialismo también debía comprenderse desde su faceta opuesta, la no-maternidad. Las políticas para fomentar la reproducción de las mujeres arias contrastaban con las políticas de

esterilización y las prácticas eugenésicas a las que eran sometidas miles de mujeres no deseables para el régimen.

3.3. Simone de Beauvoir: cuestionando la mujer-madre

Habiendo repasado ya las principales características que se asociaban a la maternidad a principios del siglo XX, es necesario aproximarse a la visión de Simone de Beauvoir para poder entender la complejidad que presenta la maternidad en las obras de Marlen Haushofer.

La obra de Beauvoir supuso una crítica radical a la concepción de la maternidad expuesta anteriormente. De hecho, Beauvoir determinaba que era precisamente la maternidad la causa de que las mujeres fueran vistas como el «otro» (Neyer y Bernardi 2011: 65) y que esta condición era un lastre «para su trascendencia» (Palomar Vereá 2005: 48).

Beauvoir negaba vehementemente la existencia de un instinto maternal y afirmaba que «la actitud de la madre está definida por el conjunto de su situación y por la forma en que la asume», respondiendo así a cualquier argumento biologicista/naturalista con el que se pretendiera justificar la segregación femenina en la sociedad (Beauvoir 2019: 610).

Criticaba además la hipocresía de una sociedad que despreciaba a la mujer, negándole «toda actividad pública», impidiendo su acceso a carreras consideradas masculinas y las tildaba de incapaces, pero que, a la vez, les confiaba «la empresa más delicada, la más grave que pueda existir: la formación de un ser humano» (Beauvoir 2019: 622).

La filósofa francesa afirmaba que el nacimiento de los hijos, en general, obligaba a las mujeres «a atrincherarse en su papel de matronas», pues resultaba casi imposible conjugar el trabajo asalariado con la maternidad (Beauvoir 2019: 579). De ello se desprende que no pueda realizarse como individuo, ya que, encerrada en casa, la mujer «no tiene medios para afirmarse en su singularidad» (Beauvoir 2019: 625).

Todas estas ideas parecen haber sido recogidas por Marlen Haushofer. Prueba de ello son las anotaciones que se han conservado en la copia que la autora austríaca poseía de la edición alemana de *El segundo sexo* publicada en 1951 y que denotan el impacto que las palabras de la filósofa francesa tuvieron en Haushofer al contribuir a que esta canalizara el material subversivo del libro a través de su propia escritura, creando «realidades alternativas» en su imaginación (Kecht 2007: 89). *El segundo sexo* parece haber sido para

Haushofer la confirmación de las consideraciones (proto)feministas que ella misma venía advirtiendo a través de sus propias experiencias (Vansant 1988: 9).

La modernidad de Haushofer, no reconocida en ese momento, surge precisamente en que esta centra sus obras en los conflictos de la identidad femenina y el conflicto entre sexos en un momento en que este debate es todavía germinal (Dreymüller 2008: 84, Battiston 2010: 9). En ellas reflejan, como en los escritos de Simone de Beauvoir, los obstáculos para la emancipación femenina: una sexualidad controlada socialmente, la doble moral y las expectativas y valores artificialmente exagerados para ambos sexos (Lorenz 1979: 179).

La principal diferencia, pero, reside en la solución que estas autoras proponen para este conflicto. Beauvoir apuesta por una integración de hombres y mujeres en una sociedad futura, mientras que Haushofer apuesta por una separación de los mundos masculino y femenino, incapaces de coexistir, y la esfera femenina autónoma resultante (Lorenz 1979: 177). Esta separación toma diferentes formas en las novelas de la autora austríaca: divorcio, huida, división física de los espacios (por ejemplo, una buhardilla) o la búsqueda de un espacio propio a través de la escritura. Sea como sea, el fin último es salvaguardar su individualidad, aunque esto implique ir en contra de los roles de género impuestos, ya sea el de esposa o el de madre (Lorenz 1979: 183).

En los siguientes apartados, ya dedicados al análisis de las tres obras seleccionadas de Marlen Haushofer, estos puntos de encuentro (y/o de desencuentro) con Simone de Beauvoir serán señalados siempre en relación con el tratamiento de la maternidad.

4. La maternidad en las obras de Marlen Haushofer

Como he señalado anteriormente, la búsqueda de una identidad propia y de un espacio de autorrealización es una constante en las obras de Marlen Haushofer. Sus personajes femeninos luchan por dar un sentido a sus vidas más allá de los roles asignados. Sin embargo, no todos sus personajes siguen el mismo camino para lograrlo.

En sus obras encontramos dos perfiles de mujer, uno pragmático y otro «sufriente, quebradizo, introspectivo» (Dreymüller 2008: 93). Esto implica que los caminos a seguir para alcanzar su objetivo también varían y fluctúan entre el abandono fáctico de los espacios de opresión (ya sea en una huida o en la creación de un espacio propio) y la reclusión simbólica en sí mismas (a la que acceden, en muchos casos, a través de la escritura) (Felski 1989: 131).

El denominador común de todas ellas es, pero, su soledad. Desde ella enfrentan las contradicciones que surgen de la contraposición de los roles establecidos para las mujeres: subyugación y cumplimiento abnegado de las obligaciones familiares contra su voluntad de independencia (Dreymüller 2008: 95). Todas luchan, a su manera, para escapar de una existencia regida «par les trois “K”, Kinder, Küche, Kirche» (Charbonneau 1989: 6).

En lo referente a la maternidad, sus personajes femeninos parecen oscilar entre la figura de la buena y la mala madre señalados anteriormente, mostrándose con frecuencia como mujeres ambivalentes en su rol maternal. Por ello, me parece interesante abordar tres novelas en las que se presenta de forma diferente este papel de madre, y hacerlo en orden cronológico de publicación, un orden que a su vez coincide con el grado de ruptura o separación que estas mujeres logran alcanzar. Así, en primer lugar, analizaré *Un puñado de vida*, publicada en 1955, novela en la que la protagonista abandona literalmente su papel de madre y esposa. En segundo lugar, analizaré *La puerta secreta*, publicada en 1957, novela en la que la protagonista oscila entre la adopción y el rechazo de los roles de género asociados al matrimonio y la maternidad. Finalmente, analizaré *Nosotros matamos a Stella*, publicada en 1958, novela en la que la protagonista se enfrenta a sí misma al considerarse cómplice de una sociedad patriarcal.

4.1. *Un puñado de vida (Eine Handvoll Leben)*

En la novela *Un puñado de vida*, publicada por primera vez en 1955, Marlen Haushofer relata el retorno de Elisabeth a la casa que compartió con su marido, Anton Pfluger, y su

hijo, Toni, y que abandonó años atrás fingiendo su propia muerte. A su llegada, tras la muerte del que fuera su marido y sin desvelar su identidad, Elisabeth se enfrenta a los recuerdos de su infancia y de su juventud, pero, ante todo, se enfrenta a sus propias decisiones respecto al matrimonio, la maternidad y el amor. En un viaje retrospectivo, activado principalmente a partir de las fotografías que encuentra en la habitación de invitados, Elisabeth se cuestiona si tomó el camino correcto y repasa las circunstancias que la llevaron a tomar tales decisiones.

El primer personaje femenino que se nos presenta en la narración es Frau Käthe, de la que se nos dice que era la mejor amiga de Elisabeth, la protagonista y que, tras la supuesta muerte de esta, fue quien la sustituyó en su papel de esposa y madre. La voz narrativa afirma, además, que esta decisión fue un acierto pleno del que fuera marido de Elisabeth, pues «[él] no habría podido dar a su hijo una madre mejor» (Haushofer 2005: 12 [1]).

A partir de este momento, todas las menciones a Käthe harán referencia a su gran papel como esposa y madre, un rol asumido y desarrollado de acuerdo con los mandatos de la *buena madre* ya mencionados con anterioridad en este trabajo. Así, Käthe, es descrita como una persona que, de forma bondadosa, «soportaba las quejas de su marido y el carácter ligeramente díscolo de su hija»⁶ y que prefería al «hijastro antes que a la hija, fuese porque no le gustaban las niñas, como les pasa a muchas mujeres, o porque seguía queriendo en él a su amiga muerta» (Haushofer 2005: 12 [2]).⁷

Frente a este personaje que encarna la mujer-madre idealizada, la narración nos presenta a Elisabeth —también llamada Betty, en el presente diegético o Lieserl, en los recuerdos de infancia—, una mujer que abandonó a su esposo y a su hijo fingiendo su propia muerte, y que, por tanto, encarna el estereotipo de *mala madre*, en tanto que «contradice la supuesta “naturaleza” de todas las madres, la de desear ser madres y [...] saber hacerlo “bien”, entendiendo por esto el querer, poder y saber hacerse responsables de sus crías, amarlas y cuidarlas hasta que puedan valerse por sí mismas» (Palomar Verea 2004: 17).

⁶ Más allá de esta mención, la hija, fruto del matrimonio entre Anton Pfluger y Käthe, solo es citada brevemente como elemento disruptivo de la vida familiar en reclamar parte de la herencia del padre y desestabilizar la economía familiar y como la predilecta de su padre, quien no hallaba en Toni, el fruto de su primer matrimonio, un cómplice como si lo hacía en su hija.

⁷ La preferencia del hijo frente a la hija responde, según Beauvoir, al «prestigio con el que la mujer reviste a los hombres [y a los] privilegios concretos que éstos poseen» (2019: 616). El tema se abordará más ampliamente en el análisis de *Nosotros matamos a Stella*.

Una primera profundización en este personaje nos transporta a su infancia. A través de una postal, la protagonista rememora un verano de su niñez «demasiado intenso, demasiado salvaje y demasiado grande» que a través de las imágenes que le suscita la amenaza con nunca dejarla escapar (Haushofer 2005: 19 [3]). Es un verano en el que Lieserl se encuentra en una casa «habitada exclusivamente por mujeres», una casa de «mujeronas», en la que ninguna de ellas tiene hijos (Haushofer 2005: 20 [4]). Es también un verano en el que, dentro de este ambiente matriarcal, puede disfrutar de la naturaleza en todo su esplendor. El idilio, pero, se ve truncado cuando el matarife del lugar debe sacrificar a una vaca. La pequeña Lieserl queda sobrecogida por este personaje masculino, «soberbio y poderoso», que ensangrentado y empuñando el cuchillo empleado en la matanza ríe a carcajadas al ver el miedo de la niña. Es entonces cuando la niña, que pronto se convertirá en Elisabeth, siente por primera vez que está sola. Este sentimiento le produce tanto miedo que, según la voz narrativa, «lo olvidó inmediatamente» (Haushofer 2005 29-30 [5]).

La segunda incursión en el pasado de la protagonista, provocada esta vez por el recuerdo que trae consigo una fotografía, nos transporta a la etapa de preadolescencia de Elisabeth, período en el que se encuentra en un internado católico. Este aspecto es especialmente interesante, tanto por el paralelismo autobiográfico que ya había apuntado en la introducción de este trabajo, como por mostrar, en palabras de Lorenz, la «educación de la joven para ser humilde, sumisa y emocional» (1979: 178).

Los rifirrafes de una joven Elisabeth con las monjas del internado dejan entrever que la niña no encaja bien en un ambiente restrictivo como el del internado católico: «no quería levantarse a las seis de la mañana, ni ir a cantar a la iglesia ebria de sueño; [...] estaba acostumbrada a hablar cuando le apetecía y no solamente a ciertas horas» (Haushofer 2005: 34 [6]). Por estos pensamientos contrarios a la norma, la niña Elisabeth se percibe a sí misma como «incapaz de ser una niña buena» por lo que declara no tener más remedio que «seguir siendo mala, perezosa, colérica y descuidada» (Haushofer 2005: 36 [7]). Con ello, se genera en la niña «un cargo de conciencia en todo momento», un «sentimiento de culpa permanente [que] la hacía sentirse muy desdichada» (Haushofer 2005: 35 [8]).

Conforme va creciendo, estas ideas de no adecuación cristalizan en un enemigo abstracto, «un poder invisible que se erguía a sus espaldas [de las monjas]», que no era otro que el de «las normas y las leyes» (Haushofer 2005: 49 [9]). La niña deja de ver a las monjas como seres poderosos y empieza a darse cuenta de que existe un poder superior que las

somete también a ellas, un poder que mantiene «a esos seres [...] constante y eternamente arrobados» (Haushofer 2005: 50 [10]). Es ante este poder, el de las normas y las leyes, ante el cual la joven Elisabeth «se rebelaba una y otra vez, dando golpes a diestra y siniestra y tirando de las ataduras hasta quedar extenuada y horra de todo consuelo, *pero libre*» (Haushofer 2005: 50 [11]).⁸

Esta actitud desapegada y rebelde se convierte en la característica de una Elisabeth adolescente que adquiere «fama de voluble, pues estaba habituada a moverse libremente y sin ataduras, a irrumpir inocentemente en sólidos lazos de amistad y retirarse en cuanto su curiosidad quedaba saciada sin asumir ningún compromiso» (Haushofer 2005: 58 [12]).

La adquirida y reivindicada libertad, pero, sigue empañada por el mismo sentimiento de culpa que la acompañaba en su faceta infantil. Sin embargo, ahora ya empiezan a definirse los motivos: «la conciencia de su propia ambivalencia» y «su incapacidad por decidirse total y definitivamente por una persona o cosa» (Haushofer 2005: 64 [13]). Estas son las causas de un malestar que, además, se ve alentado por las acusaciones de sus compañeras, quienes ven en Elisabeth a alguien distinto, una suerte de «veneno» para las demás (Haushofer 2005: 68 [14]). Estas palabras afectan sobremanera a la protagonista, por haber «puesto el dedo en la llaga», reconociendo que es entonces cuando acaba de convencerse «de que realmente llevaba un veneno en su cuerpo, un veneno que turbaba su corazón y el de las demás» (Haushofer 2005: 68 [15]). Es interesante notar, en este sentido, que el sentimiento de culpa que empieza a forjarse en la infancia, y que Elisabeth parece asumir plenamente en la adolescencia, será un sentimiento que la acompañará — en diferentes grados— durante toda la novela.

Cabe destacar, en hacer referencia a esta culpa, que no siempre debe ser concebida como un sentimiento natural ya que la culpa «es una vivencia que se adquiere a través de la educación que recibimos, del entorno en que nos desarrollamos, de los valores que nos han transmitido», siendo estas «incorporaciones culturales las que marcan nuestra predisposición a sentirnos responsables de todo» (Bañón Castellón 2010: 82). En este aspecto, es una emoción «mediatizada por la sociedad y la cultura» que puede convertirse —y se ha convertido— en un «objeto de control social para la mujer en determinadas situaciones» (Bañón Castellón 2010: 82). Así, una Elisabeth niña-adolescente que se

⁸ Las cursivas son mías.

aparta del sistema «debe sentirla por hacer algo no previsto en [su] esquema social» (Bañón Castellón 2010: 83). En este mismo sentido se manifiesta Liliana Mizrahi, refiriéndose a la relación de las mujeres con la culpa en los siguientes términos:

Nuestras conciencias se moldean según los mandatos de poder. El carácter destructor-activo de la acusación y la condena tiene como escenario principal nuestra propia conciencia. Ahí gestamos la certeza de nuestra culpabilidad. La vivencia de “irregularidad”, el sentimiento de “estar-fuera-de-lugar” nos inducen a aceptar como “natural” la irracionalidad y la arbitrariedad de las condenas (2003: 35).

La no-adequación y la angustia que se deriva de esta culpa se estima, según estas aproximaciones, como «suficiente para que [la mujer] vuelva al redil, para que se reajuste en el modelo que de ella se espera culturalmente» (Bañón Castellón 2010: 83). Sin embargo, en la novela vemos, en este aspecto, un primer indicador de desafío, de transgresión, ya que Elisabeth, a pesar de asumir una culpa —impuesta culturalmente— y desarrollar esta angustia, no parece dispuesta a capitular y opta más bien por un aislamiento autoimpuesto: «lo mejor será que en adelante no os crucéis en mi camino [...] no os necesito a ninguna» (Haushofer 2005: 69 [16]).

De vuelta al presente de la narración, y recapitulando acerca de estos dos episodios de su vida, Betty concibe que el único mérito que puede atribuírsele es el de haber «continuado la construcción del estrecho y recto camino [...] a través de la selva», percibiéndose a sí misma como una «intrusa que había renunciado a transitar por los atajos tolerados, [...] una loca» (Haushofer 2005: 89 [17]).

En esta misma reflexión, Betty se manifiesta por primera vez acerca de la maternidad. Lo hace, en primer lugar, reivindicando que ella «nunca había sido capaz de vivir en contra de su cuerpo», compadeciéndose de aquellas «mujeres de siglos pasados casadas contra su voluntad» y defendiendo que «todas [las mujeres] seríamos más hermosas y mejores [...] si no fuéramos producto de la mentira de nuestros antepasados» (Haushofer 2005: 92 [18]). Con esto, Elisabeth —o Betty, en este caso— anticipa la primacía que otorgará a su autonomía frente a las convenciones sociales en capítulos posteriores. Refiriéndose al embarazo, dirá, que ve con claridad «la lucha a muerte que libraba el embrión parasitario contra el hostil seno materno que pugnaba por expulsarlo de la oscura y plácida calidez» (Haushofer 2005: 92 [19]).

Esta última idea parece confirmar lo que apuntaba Lorenz al vincular la obra de Haushofer y las reflexiones de Simone de Beauvoir. En *El segundo sexo*, Beauvoir también describirá el embarazo como «un drama que se desarrolla en la mujer entre ella misma y

ella misma» en tanto que «el feto es una parte de su cuerpo y es un parásito que la explota; lo posee y es poseída por él; resume todo el futuro y, al llevarlo, se siente inmensa como el mundo, pero esta misma riqueza la aniquila, tiene la impresión de no ser ya nada» (Beauvoir 2019: 595).

En este punto de la novela, los sentimientos ambivalentes de Elisabeth/Betty respecto a su rol como esposa y madre son ya expuestos abiertamente. De nuevo, a través de una fotografía, la protagonista recuerda el momento de su compromiso con Anton Pfluger y recuerda su tiempo juntos como «un matrimonio feliz hasta el día en que [ella] desapareció de la vida de Anton» (Haushofer 2005: 98 [20]). El pensarse en su vida anterior le produce dolor, y es en este momento y por este sentimiento cuando confiesa no comprenderse a sí misma:

Era imposible conservar algo y abandonarlo a la vez. La vieja ambivalencia de su vida no la dejaba en paz. En un momento dado había elegido la libertad, el frío y la independencia, y durante toda su vida había anhelado desesperadamente cariño, calor y arropamiento. Sólo el hecho de conocer su propensión le había disuadido a ceder a ese deseo (Haushofer 2005: 98 [21]).

Esta ambivalencia entre el deseo de libertad y arropamiento, entre la soledad y el calor familiar, se sucede en las siguientes páginas, en las que Betty repasa a partir de sus recuerdos las circunstancias que la llevan a huir de su aparentemente idílica vida familiar. Mostrando esta misma ambivalencia se describirá cuando recuerde la mañana del abandono y su huida:

Comprendió que por fin estaba sola. No había padre, ni esposo ni amigo que la pudiera defender. Ya no se encontraba en el seno familiar, ya no estaba encerrada, pero tampoco protegida ni amada. La libertad la miraba desde los fríos y lascivos ojos de aquel extraño (Haushofer 2005: 139 [22]).

La soledad que la aterrorizaba en la infancia se revela en su etapa adulta como una suerte de recompensa, la única salida que la protagonista halla contra el encierro de su individualidad que suponía la vida familiar. En este sentido, y en palabras de Büskens, «the mother who leaves create a space *outside* the family nexus for their individuated selves. [She] is no longer anchored to a domestic space that mandates her labour and obstructs her autonomy» (2005: 276).

Siguiendo con la narración y al explorar más detalladamente los motivos que la conducen a la huida, vemos que el siguiente recuerdo no llega a través de las fotografías como en los casos anteriores, sino de la ausencia de estas: «de los años 31 y 32 no había ni una sola foto, y Betty estaba contenta de que así fuera» (Haushofer 2005: 100 [23]). Poco

después se revela el motivo por el cual Betty prefiere que no existan imágenes al introducirse en la narración el personaje de Lenart, un conocido de su marido y el hombre que se convertirá en su amante, «la brutal intervención externa» (Haushofer 2005: 109 [24]).

La primera reacción de Elisabeth ante la aparición de este personaje ajeno a la familia es la irritación: «Elisabeth [...] se enojaba siempre que un extraño irrumpía en el perímetro de su hogar» (Haushofer 2005: 100 [25]). Tal como he señalado con anterioridad en este trabajo, el hogar era el único espacio de desarrollo de la mujer, por tanto, la llegada de un extraño supone una amenaza al único espacio que esta puede reconocer como propio y a la armonía de la que se supone que ella es guardiana. Esta teoría será confirmada apenas unas líneas después, cuando Elisabeth confiese que antes de la aparición de Lenart «todavía se sentía segura y guarecida en su particular mundo privado» (Haushofer 2005: 101 [26]).

A partir de esta irrupción de lo ajeno, lo desconocido, lo inalcanzable, Elisabeth vivirá una suerte de epifanía en la que, de nuevo, vuelve a manifestar un sentimiento de no-pertenencia:

De repente, Elisabeth comprendió que ése no era su lugar, que las voces de la habitación contigua correspondían a un hombre y un niño extraños. Sintió como si hubiera penetrado a hurtadillas en aquella acogedora casa burguesa y, angustiada, estuviera a la espera de ser descubierta. El edredón de seda acolchado, el tocador, los vestidos en el armario, todo eso no le pertenecía a ella sino a otra persona muy diferente (Haushofer 2005: 105 [27]).

La protagonista se siente ahogada en un hogar que ya no le pertenece, y se suceden imágenes de aquello «que nunca conocería», de «las montañas de libros que jamás leería» y de «los abrazos de hombres extraños que nunca conocería» y con ello «sus ansias de alcanzar lo inalcanzable se fueron transformando en tristeza» (Haushofer 2005: 107 [28]).

Ante esto, la protagonista busca en Toni, su hijo, un ancla con la que aferrarse a esta vida familiar: «Elisabeth aupó al pequeño y le dio un beso, como si el niño tuviera que reemplazarle este mundo y todos los demás», sin embargo, al resistirse el niño a sus atenciones «de nuevo se dio cuenta de que estaba de más» (Haushofer 2005: 107 [29]).

Elisabeth no encuentra el propósito de su vida en el hogar ya que «Anna se encargaba de las tareas del hogar, Toni [su marido] no necesitaba más que su orden y su comodidad, y el pequeño su papilla, pañales limpios, su baño y mucho sueño» (Haushofer 2005: 107 [30]). Así, «nadie se habría muerto porque un día faltasen flores frescas en los jarrones o

cigarrillos en las cigarreras», tareas que se sobreentiende le correspondían a ella (Haushofer 2005: 107 [31]). Y es que como se descubre en las líneas siguientes:

La vida de Elisabeth transcurría en medio de muchas ocupaciones, aunque *sin trabajo alguno que le diera satisfacción*. En más de una ocasión intentó comentarlo con Toni, pero sólo decía que en casa había suficientes cosas que hacer y que por otra parte debería estar contenta de no tener que bregar como otras mujeres. *No podía llevarle la contraria, pues lo que Toni decía sonaba del todo correcto*. Pero percibía en su palabras, sensatas, bien dichas, *algo retorcido y superficial que desmentía la sinceridad de su rostro* (Haushofer 2005: 108 [32]).⁹

De nuevo, a través de este pasaje, parece dejarse entrever la influencia del pensamiento de Simone de Beauvoir:

Mediante el trabajo doméstico, la mujer hace realidad la apropiación de su “nido”; [...] de la administración del hogar nace su justificación social [...] se trata no obstante, de una actividad que no la arranca de su inmanencia y que *no le permite una afirmación singular de ella misma*» (2019: 529).

La imposibilidad de realización en el restrictivo espacio del hogar —y menos en un hogar que ya le ha sido expropiado a través de “extraños”— es lo que lleva a Elisabeth a tomar la drástica decisión de dejarlo todo atrás. Lenart, el amante, le sirve como excusa, al presentarlo como detonante de la implosión familiar. Betty, ya en el presente narrativo, incluso fantasea con cómo hubiera sido su vida sin esta intervención ajena:

Quizá se habría resignado definitivamente y se habría convertido con los años en una mujer amable y un tanto distraída que sale a pasear con su hijo, lee novelas, recibe a invitados, coloca flores en los jarrones y siente cómo la vida se le va escurriendo suavemente y sin lamentaciones. *Una de las muchas mujeres cuya voluntad ha sido quebrada y que han perdido su entidad* (Haushofer 2005: 109 [33]).¹⁰

Es interesante notar que, tal como reflejan estas palabras, para la mayoría de las protagonistas de las obras de Marlen Haushofer la maternidad es indisociable del cumplimiento de unos estrictos roles de género, por lo que acaba suponiendo la pérdida de la individualidad.¹¹ Con la posible excepción de Anna, en *Nosotros matamos a Stella*,¹²

⁹ Las cursivas son mías. Haushofer parece señalar en este pasaje la connivencia de Toni Pfluger con el sistema de poder patriarcal. Negando a Elisabeth su realización a través de una ocupación que a ella le resultara estimulante, y adornándolo además como un supuesto beneficio, se asegura de que esta no tenga «ningún control directo sobre el futuro ni sobre el universo» sino que solo pueda superarse hacia la sociedad a través de él, perpetuando así el modelo de subordinación de la mujer a su esposo (Beauvoir 2019: 501).

¹⁰ Las cursivas son mías.

¹¹ Esta será también la postura adoptada por Simone de Beauvoir y será uno de los aspectos más criticados de su obra a partir de la década de los 70, ya que diversas autoras consideraron que presentar esta visión de la maternidad era «degradante» y eludía la posibilidad de que, por el contrario, la maternidad fuera vivida por la mujer como «una experiencia enriquecedora» (López Pardiña 2019: 30). También rechazando esta experiencia alienadora de la maternidad, Adrienne Rich, ya en la década de los 80, afirmará que existe «una fuerte correlación entre maternidad, poder, placer y agencia» y propondrá concebir la maternidad como «una dimensión más de la identidad femenina» (Bogino Lamambere 2020: 12).

¹² Anna, en *Nosotros matamos a Stella*, parece intuir la posibilidad de una maternidad no-alienante, manifestada en su relación con Wolfgang. Al pensarse lejos del hogar, y con la única compañía de su hijo, parece encontrar la posibilidad de hacer «por fin lo que [l]e gusta y lo que h[a] deseado durante tanto tiempo» (Haushofer 2008: 62 [34]). En este sentido, sus palabras recuerdan a las de Rich quien relatará una

las madres de Haushofer conciben la maternidad como una experiencia agónica en la que se enfrentan sus deseos de trascendencia y las convenciones sociales dictadas por la ideología dominante.

Así, y a pesar de este intento de imaginarse en el rol de «buena madre» y «buena esposa», Elisabeth no tarda en reconocer que «estaba prácticamente segura de que un día habría reiniciado su propia vida» y que Lenart «no había hecho más que acelerar ese proceso, quizás en muchos años, quizás en poco tiempo» (Haushofer 2005: 109 [35]).

Lo que se nos muestra aquí es la completa aceptación de la transgresión de los roles de género. Su descripción de “lo que pudo ser” es una descripción de los roles de género normativos, de la buena madre que atiende a su hijo sacándolo a pasear, de la buena esposa que recibe a los invitados. Con la negación de esta posibilidad, Betty parece querer reivindicarse como la mala esposa y la mala madre, pero, ante todo, como una mujer cuya voluntad *no* ha sido quebrada y que *no* ha perdido su identidad.

Esta transgresión, pero, no es gratuita. La protagonista recuerda como quiso compensar la culpa que sentía por el desarraigo de su vida doméstica y del papel que se la había asignado prodigando a su hijo «una atención desmesurada»:

Lo llevaba en brazos paseándolo de un lado a otro hasta quedar exhausta, jugaba con él y le daba la comida con paciencia de santa. No lo perdía de vista ni un minuto, y el niño se volvió malcriado, exigente, y lloraba cada vez que salía de la habitación. Entregada por completo a la proximidad del menudo cuerpo, podía pasar horas enteras acucillada junto a él en el suelo o echarse a llorar de repente, mientras colocaba uno sobre otro los cubos de madera [...]. Introducía su mano entre los barrotes de la cuna y le apretaba las manitas afiebradas entregándose por completo al momento, letárgica y vacía de pensamientos (Haushofer 2005: 117-118 [36]).

De nuevo, la culpa es el sentimiento que vertebra sus acciones, una culpa que Elisabeth viene manifestando desde su niñez-adolescencia, pero a la que ahora se le suma la culpabilidad de no responder a las expectativas normativas asociadas a la maternidad.

Como señala Ferrer Pérez, en el proceso de construcción femenina dentro de la sociedad patriarcal se fijan «una serie de comportamientos como propios de las mujeres» y «una serie de características de personalidad y actitudinales [como] anteponer las necesidades

experiencia similar: «sin la presencia en casa de un hombre adulto, sin razón para imponer horarios, [...] caímos en lo que sentí como un delicioso ritmo pecaminoso [...] Recuerdo haber pensado: así puede ser la vida con hijos, sin horarios de escuela [...] ni el conflicto de ser esposa y madre al mismo tiempo; con tiempo para ser, simplemente, yo misma» (2019: 264).

de otros a las propias, la sumisión, la pasividad o la falta de iniciativa», forjándose así una «ideología del altruismo femenino» (2010: 85).

Transgredir este comportamiento tiene un precio social (el rechazo o la crítica) y uno personal, el sentimiento de culpa. En el caso de Elisabeth, socializada en un ambiente patriarcal que avala la «tiranía de la noción del instinto maternal» y que ignora «la ambivalencia característica de todo sentimiento» (Rodríguez Arancibia 2005),¹³ la penitencia autoimpuesta por los deseos de libertad que alberga para consigo misma, la infidelidad hacia Toni con Lenart y el desdén con el que aborda el futuro de su vida familiar se traduce en una sobreactuación en su rol materno.

Lo que se pretende con esta acción es desterrar la culpa abandonando la ambivalencia, pero, como señala Almond, «since this is imposible, her ambivalence takes very subtle forms, often masquerading as a deep concern to do the best she can for her child, to do motherhood the absolutely right way» (2010: 8). Esta sobreactuación compensatoria también se traduce, brevemente, en un intento de reapropiación del hogar: «desarrollaba una frenética actividad en el hogar [...]. Por la noche, tomaba somníferos y durante el día deambulaba por la casa ligeramente aturdida, pero sin dolor ni noción de las cosas» (Haushofer 2005: 125 [37]).

Este intento de desterrar la ambivalencia, pero, se manifiesta poco efectivo en las siguientes líneas. Elisabeth empieza a enfrentar, abiertamente, unos sentimientos aparentemente antagónicos en su rol materno. Por un lado, la protagonista ve en el niño y en sus acciones un reflejo de sí misma y muestra una faceta protectora propia de lo que normativamente se atribuye al «instinto materno»:

Tuvo la sensación de ser ella misma la que estaba sentada en su lugar [en el de Toni, su hijo] [...]. Pensar en las penas y en las interminables decepciones que tal predisposición acarrearía muy seguramente a su hijo hizo brotar lágrimas de impotencia en sus ojos. La embargó el odio contra aquellos que mortificarían, herirían y ofenderían a esa criatura; el deseo de golpearlos o matarlos se apoderó de ella con tanta violencia que tuvo que juntar las manos apretándolas con fuerza (Haushofer 2005: 121 [38]).¹⁴

Por otro lado, pero, Elisabeth percibe el hijo como una carga, como un freno para su individualidad y libertad emocional:

Por primera vez se sorprendió a sí misma abrigando el deseo de que Toni, Lenart y el niño estuviesen muertos y ella liberada de la insoportable carga del sentimiento. [...] En adelante,

¹³ Citada en Ferrer Pérez 2010: 89.

¹⁴ Tal y como he señalado en la nota 7, las interpretaciones del significado de la identificación de la mujer con los hijos —especialmente con los hijos varones— se tratará más adelante en este trabajo al analizar *Nosotros matamos a Stella*.

siempre que Elisabeth abrazaba a su hijo, el pensamiento, una vez concebido, la paralizaba y la hacía retroceder (Haushofer 2005: 138 [39]).¹⁵

La decisión final de Elisabeth de abandonar a su familia se va perfilando a partir del reconocimiento de este deseo de libertad y acaba cristalizando con una visita de la que se convertirá en la segunda esposa de Anton Pfluger, Käthe.

Elisabeth reconoce en Käthe unas cualidades que no puede encontrar en ella misma. Así, con la presencia de su amiga «la casa se llen[a] repentinamente de calor y placidez» y ella se convierte «en una extraña en su propia casa» (Haushofer 2005: 138 [40]). Elisabeth parece reconocer en la figura de Käthe una sustituta, aquello que ella no es ni quiere ser, pero que la familia necesita. Como ella misma reconocerá reflexionando sobre su decisión en el presente narrativo:

Todo lo que entonces le pareció una desgracia para los afectados, al final resultó una suerte pues no cabía duda de que Käthe era una madre y esposa mucho mejor de lo que Elisabeth jamás habría podido ser (Haushofer 2005: 112 [41]).

Asimismo, y tras volver al hogar escondida bajo la identidad de Betty, Elisabeth justifica su decisión al ver la reacción de su hijo cuando lo invita a hacerle compañía y conversar:

El hijo de Elisabeth (educado permisivamente) habría encontrado algún pretexto para excusarse, pero el hijo de Käthe (bien educado) reprimió todo asomo de disgusto y se sentó a su lado agradeciendo cortésmente la invitación (Haushofer 2005: 150 [42]).

Con ello, la novela concluye casi como empezó. Enfrentando a Elisabeth y a Käthe, la mala madre frente a la buena, la libertad contra la normatividad. Como no podía ser de otra manera, pero, atendiendo a la omnipresencia de la ambivalencia en la novela, el final también oscila entre la reivindicación de su elección de libertad y la angustia culpable que se manifiesta a través de sus sueños:

Por sus sueños avanzaba un niño de dos años, a pasitos menudos y tirando de un pato de madera. El niño siempre era pequeño y desvalido y decía que la necesitaba. [...] Con los años, su cara se asemejaba cada vez más a la de las figuras de cera del Niño Jesús [...]. Entonces Betty sabía que lo había matado y se desesperaba en su cama grande y solitaria con una dolorosa opresión en el pecho (Haushofer 2005: 141 [43]).

Por todo lo expuesto, creo que es justo reivindicar esta novela como una obra transgresora y abiertamente feminista. Elisabeth reivindica para sí un papel que social y culturalmente

¹⁵ A pesar de la dureza con la que se expresa esta idea en la obra de Haushofer, los deseos de no-maternidad se han revelado como un sentimiento recurrente entre las madres. Dos autoras icónicas en lo que respecta a la deconstrucción de la maternidad institucionalizada también se manifiestan en este sentido. Así, Lázare muestra el tabú que supone transgredir los roles maternos y se manifiesta «obligada, en cierto modo, a retirar lo que había dicho» cuando verbaliza, fatigada y falta de sueño, que «ojalá no hubiera tenido un hijo» (2007: 59). En este sentido, Rich también muestra su ambivalencia respecto a la maternidad —entendida de forma normativa dentro de una sociedad patriarcal— cuando afirma: «envidia a la mujer estéril que se da el lujo de arrepentirse, pero vive una vida de intimidad y libertad» (2007: 83).

le ha sido negado por su condición de mujer y lo hace desde la ambivalencia que provoca esta misma socialización. En un período histórico donde la teoría feminista apenas empezaba a abrir espacios para la discusión del rol materno y de la no-existencia del instinto maternal, Haushofer se atreve a mostrar una alternativa —dolorosa, pero efectiva— a la normatividad.

4.2. *La puerta secreta (Die Tapetentür)*

En *La puerta secreta*, novela publicada por primera vez en 1957, Marlen Haushofer nos presenta a Annette, una mujer de treinta años que abandona su pequeño oasis de libertad —un piso propio y un trabajo como bibliotecaria— para convertirse en «la mujer de» y «la madre del hijo de». El paso de la independencia a la vida conyugal y el desarrollo de su embarazo serán objeto de análisis en su diario, en el que la protagonista irá anotando pequeñas y lúcidas reflexiones que se conjugan, en la novela, con una narración en tercera persona que nos permite seguir a Annette en su día a día antes, durante y después de su embarazo.

Al inicio de la novela, se nos revela que Annette estuvo casada brevemente—«un año de vida conyugal, que en realidad sólo duró cuatro semanas, no deja huellas» (Haushofer 2003: 20 [44])— con Hubert, un soldado que murió en el frente. Es, pero, una experiencia bastante insulsa, de la que Annette solo destaca su «decisión de ser lo que se llama una “buena” esposa» como medida — aún inconsciente— de «autoprotección» (Haushofer 2003: 20 [45]).

A pesar de esta intención de adaptarse al rol convencional para protegerse, Annette reconoce no haber logrado nunca «vencer la pereza de llevar a cabo esas pequeñas pero fastidiosas operaciones que veía realizar a diario a todas las demás mujeres» (Haushofer 2003: 30 [46]). Además, la relación con la madre de Hubert, quien veta todo impulso de independencia que pudiera manifestar Annette, hace que la protagonista vaya desarrollando unos sentimientos de «furia y desesperación» así como un «sentimiento de desamparo y de repulsión, [un] miedo súbito de no poder escapar jamás» que la protagonista afirma nunca haber «conseguido olvidar del todo» (Haushofer 2003: 32 [47]).

Liberada de estas presiones tras la muerte de Hubert, Annette se aleja de toda restricción, reivindicándose en su independencia: posee un pequeño piso propio, un círculo de amigos

con los que se reúne con frecuencia, un trabajo como bibliotecaria que le permite subsistir y, a nivel sentimental, se permite diversos escauceos amorosos.¹⁶

Desde esta posición aparentemente «privilegiada», Annette observa críticamente los efectos que el matrimonio y la maternidad han ejercido sobre sus amigas. Así, relata la visita que hace a su amiga Martha, de la que cuenta que «vive con su marido y sus tres hijos en un piso de dos habitaciones donde se hacen la vida imposible unos a otros» (Haushofer 2003: 39 [49]). Un año más joven que ella, Annette ve en Martha «una mujer marchita y consumida», una mujer «agotada e incapaz de pensar en otras cosas que no sean el alza de los precios y los calcetines rotos de su esposo y sus hijos [...], una persona completamente extraña a sí misma» (Haushofer 2003: 39 [50]). Según Annette, esta situación solo es una muestra más del sacrificio de las mujeres: «sólo porque media humanidad monta guardia ante su cría con la seriedad de la bestia, la otra mitad puede entregarse a juegos más o menos superfluos, aunque sin duda sumamente excitantes» (Haushofer 2003: 60 [51]).¹⁷

Todo el criticismo, pero, parece quedar en un segundo plano cuando conoce a Gregor Xanthner, el abogado encargado de gestionar la escasa herencia que Annette debía recibir del padre que la abandonó de niña. Tras un par de citas —omitidas en la novela— la protagonista toma una decisión completamente opuesta a la que tomaría Elisabeth en *Un puñado de vidas*: Annette decide aventurarse en una relación con Xanthner en «preferir la infelicidad a la antigua frialdad, indiferencia y tristeza sin motivo», a pesar de predecir que todo acabará como un «largo camino que un día habr[á] de desandar y que sólo puede conducir a la frialdad y la indiferencia» (Haushofer 2003: 59 [52]).

Esta relación se describe en el diario de la protagonista como una relación —al menos, por parte de Gregor— basada en el sexo:

Gregor no sabe nada de mí, porque no le interesa nada que trascienda mi comportamiento erótico, nada que no sea palpable en el más estricto sentido de la palabra. Yo no sé nada de él porque no desvela ninguno de sus pensamientos. Naturalmente, he aquí una diferencia significativa, que ya me hace sufrir y que me hará sufrir aún más en el futuro (Haushofer 2003: 60 [53]).

¹⁶ En este sentido, Annette se afirma en la independencia que le aporta su trabajo: «en la biblioteca soy libre, nadie me da instrucciones y sé que me resultaría difícil subordinarme» (Haushofer 2003: 44 [48]).

¹⁷ A través de Annette, Haushofer parece exponer aquí los resultados de una feminidad reducida al argumento biologicista que la empuja indisolublemente a la maternidad, ya que «because a man is not totally reduced to his biological function, he can be both human and male, whereas a woman is a woman» (Vansant 1988: 51).

La informalidad de la relación cambia forzosamente, pero, cuando la protagonista se descubre embarazada. Gregor, un hombre «pendiente de las convenciones sociales» como «formas que deben respetarse por motivos de conveniencia» (Haushofer 2003: 62 [54]) no duda en pedir matrimonio a Annette, la cual accede casi de forma obligada por no poder «rechazar la mano que [la] ha sacado de [su] soledad» (Haushofer 2003: 66 [55]). Se inicia así el largo camino, predicho por la propia protagonista, que la llevará a enfrentar las convenciones de género, especialmente las relativas al rol maternal.

La ambivalencia que enfrenta Annette respecto a la maternidad es quizá más destacada que la que mostraba Elisabeth en *Un puñado de vida*. Desde un primer momento, la protagonista afirma que nunca ha deseado ser madre y que ahora —encinta— tampoco lo desea, aunque le parece hermoso que el embarazo llegue en un momento en que su «esterilidad anímica se ha transformado en fertilidad» (Haushofer 2003: 65 [56]).

Annette comienza a aborrecer un cuerpo «cada vez más endeble e indómito» (Haushofer 2003: 66 [57]) y sufre porque «la consabida sensación de felicidad de la futura madre no quiere hacer acto de presencia», sintiéndose, por el contrario, constantemente «indispuesta» e «intoxicada» (Haushofer 2003: 73 [58]). Además, confiesa que la criatura le transmite una «abominable sensación de suciedad y falta de higiene» (Haushofer 2003: 74 [59]).

Cabe notar que estos pensamientos de Annette solo son expresados en su diario ya que, como señala Miller, «experiencias which are perceived as negative may only be tentatively voiced» ya que «the risk of appearing too negative may be construed as not preparing to become a “good” mother» (2005: 80). Como señala Imaz Martínez:

La posición de la mujer embarazada no es la del equilibrio —como dicta la ideología dominante— sino la de la ambivalencia: mientras quiere conservar el feto —que le da valor social en cuanto madre, que la justifica socialmente— quiere, a la vez, deshacerse de él —ya que quiere librarse del malestar físico y de la pérdida del yo que le supone— (2001: 107).

Así, al reprimirse y guardar para sí estos pensamientos en los que se refleja el malestar con el cuerpo cambiante, Anette parece querer desterrar la ambivalencia que la obliga a enfrentar *su* maternidad a una maternidad institucionalizada, idealizada y homogeneizada, en la cual los aspectos negativos no tienen cabida.

A esta autopercepción negativa del cuerpo cambiante, cabe añadir el distanciamiento que el embarazo provoca entre Gregor y Annette. Como ella misma reconoce, su «estado [...]

obliga a Gregor a ser considerado donde más le cuesta» (Haushofer 2003: 107 [60]).¹⁸ Como he señalado anteriormente, Gregor concibe la relación desde la carnalidad, así, cuando Annette queda embarazada y «can no longer fulfill his sexual needs [...] he seeks sexual fulfillment elsewhere» (Vansant 1988: 80). De este modo, Annette queda relevada de su papel de amante para convertirse, simplemente, en la madre de su hijo. Esta situación, al principio aceptada pasivamente por Annette, se va convirtiendo en motivo de pesar pues, como ella misma reconoce, «como no poseo de él más que ese cuerpo, no puedo darme por satisfecha con el consabido argumento de que en realidad solo me quiere a mí» (Haushofer 2003: 107 [62]).¹⁹

Solo cuando el hijo empieza a moverse en su interior es cuando Annette abandona momentáneamente la negatividad y parece albergar cierta ilusión en el hecho de ser madre:

Aquel hijo se movía y comenzaba a hacerse realidad [...] De repente las náuseas cobraban sentido, valía la pena estar mareada y enferma por una criatura que se estaba moviendo en su interior y que ahora empezaría a sentir cada vez más intensamente (Haushofer 2003: 84 [64]).

Recurriendo a las palabras de Simone de Beauvoir:

Las mujeres viven de manera diferente su primer movimiento [...]. Algunas acogen maravilladas la señal que anuncia la presencia de una vida autónoma [...]. Esta vez no está poseída por la especie indistinta, sino por el hijo que va a nacer; hasta entonces, sólo era una imagen, una esperanza; ahora está pesadamente presente (Beauvoir 2019: 603).

Así, con el primero movimiento, Annette parece captar la realidad del embarazo. Con ello las preocupaciones de Annette se trasladan a las proyecciones de futuro de la criatura:

A veces me pongo a reflexionar sobre mi hijo. Si se parece a Gregor, habrá que felicitarlo; si sale a mí, tendría ciertamente una vida difícil pero no inimaginable. Lo único que me asusta es la idea de que sea una mezcla de ambos. En ese caso, lo mismo podría surgir un ser equilibrado que un pequeño monstruo. Quizá mis sentimientos de culpa tengan también que ver con esos pensamientos (Haushofer 2003: 75 [65]).

En este sentido, «the mother expresses her ambivalence in contradictory fantasies about the child's future. He may be a hero, a monster, or a little bit of each» (Adams 2014: 177).

Resuenan de nuevo así, en este pasaje, las palabras de Simone de Beauvoir quien afirmaba que:

¹⁸ Sobre esto, señala Annette, que «lo único que le molestaba [a Gregor] era, por lo visto, que Annette ya no pudiera ser su amante» (Haushofer 2003: 121 [61]).

¹⁹ A propósito de las infidelidades, cabe señalar que Annette nunca culpa directamente a Gregor, sino a «las convenciones que obligaban a Gregor a mentir y que la convertían a ella en la loca de la comedia que, para colmo, había de estar atenta a ocultar cuanto sabía para no herir el orgullo masculino» (Haushofer 2003: 118 [63]).

Toda madre tiene la idea de que su hijo será un héroe; expresa así su admiración ante la idea de engendrar una conciencia y una libertad; también teme dar a luz un ser deforme, un monstruo, porque conoce la horrorosa contingencia de la carne, y este embrión que la habita es solamente carne (Beauvoir 2019: 597).

Los sentimientos de culpa a los que remite Annette al pensar en el incierto futuro de la criatura no son más que el reflejo de un sentimiento de culpa generalizado que Haushofer va diseminando a lo largo de la novela y que remite, en última instancia, al hecho de que Annette se concibe a sí misma como una impostora.

En un primer momento, este engaño solo se desarrolla en el rol de Annette como esposa: «Gregor asegura que lo que admira en mí es mi naturalidad. ¡Si supiera lo que me cuesta esa naturalidad y qué arte se necesita para desarrollarla! Sé perfectamente que no podría querer a la mujer que realmente soy» (Haushofer 2003: 78 [66]). Desde el primer momento, y con la voluntad de mantenerse unida a Gregor, Annette erige su personaje de esposa observando a su ya marido «para hacer[s]e una idea de cómo se imagina que ha de ser su mujer» (Haushofer 2003: 68 [67]).

Poco después, sin embargo, Annette entiende que esta farsa debe extenderse a su rol materno. Es aquí cuando se enfrenta a un verdadero problema, al entender que nunca será capaz de ser, ni siquiera de fingirse, «una madre normal»:

En mi vida seré capaz de hacer lo que hacen ellas, pensó ¿O acaso una se transformaba con la llegada de un hijo? [...] De repente supo que nunca estaría sentada ahí con su hijo en el cochecito, haciendo ganchillo o leyendo [...]. *Le volvió a asaltar la consabida sensación de estar excluida*. Era una injusticia para con su hijo el que ella no pudiera ser como esas madres (Haushofer 2003: 91 [68]).²⁰

En este mismo sentido:

Se veía a sí misma como una diligente ama de casa que hacía la compra, cocinaba, cuidaba de su bebé y aguardaba toda su vida el momento en que su marido entrara por la puerta. Sabía con sorda desesperación que *no sería capaz de aguantarlo* (Haushofer 2003: 122 [69]).²¹

La relación entre libertad y maternidad se vuelve antagónica a los ojos de una Annette que entiende que esta mentira que está viviendo ya no solo le afecta a ella, sino al hijo que lleva en su interior:

Ya no se trataba de ella. Se trataba del nuevo ser que llevaba en sus entrañas, y que tenía derecho a una buena madre, una madre normal. *Tendré que soportarlo, resolvió, aunque no logro hacerme a la idea*. Una mujer con un hijo dejaba de ser una persona libre. Se era una buena madre y nada más, o se fracasaba como madre y se conservaba la personalidad [...] Nadie podía conservar y abandonar una cosa al mismo tiempo, y una vez tomada la decisión de abandonarla había que hacerlo sin reservas. No había retorno posible a la joven del pisito,

²⁰ Las cursivas son mías.

²¹ Las cursivas son mías.

acostumbrada a vivir a su antojo. Ahora solo existía la Annette del vientre abultado que escuchaba la lluvia y aguardaba los pasos de su marido (Haushofer 2003: 122 [70]).²²

Finalmente, la protagonista parece inclinarse por el sacrificio de su libertad. No es, pero, un sacrificio que surja de su deseo, sino de la presión social por cumplir con el modelo de la «buena madre»,²³ cuyas características se han expuesto ya en este trabajo, pero entre las que vuelvo a destacar valores como el amor, la abnegación y la entrega, valores especialmente relevantes en sociedades de tradición católica por su vinculación a la idealización de María (González Pérez 2008: 97).

Al renunciar a «vivir a su antojo», Annette parece intentar conciliarse con la tradición que, en palabras de Simone de Beauvoir, señala que es el hijo el que «debe garantizar a la mujer una autonomía concreta que la dispense de abocarse a ningún otro fin» convirtiéndose así en su única y verdadera «justificación» (Beauvoir 2019: 579).

Toda esta fantasía, pero, se ve quebraba cuando la protagonista pierde al hijo que esperaba:

Mientras se dirigía al teléfono para llamar a la clínica, apretando la mano contra el abdomen, se asustó al comprobar que sentía un vago triunfo porque todo había sucedido como tenía que suceder (Haushofer 2003: 158 [71]).

La idea de triunfo, surgida en el momento de dolor, parece indicar que, a pesar de haber querido engañarse pensándose a partir de los valores impuestos socialmente, Annette siempre ha sido consciente de que esa fachada se acabaría desmoronando. En este mismo sentido se manifiesta apenas unas líneas después al estimar que «la criatura había muerto porque ella no había creído en su realidad» (Haushofer 2003: 159 [72]).²⁴ Con ello vuelve el sentimiento de culpa:

Soy la única culpable [...] Sencillamente soy incapaz de sujetar nada y por eso todo me abandona (Haushofer 2003: 160 [73]).

El cierre de la novela no hace más que confirmar la predicción de Annette. Ella debe desandar el largo camino y regresar a la «frialdad». Su matrimonio, constituido casi por obligación debido al embarazo, está roto. Como ella misma reconocerá, para Gregor «no habría sido otra cosa [...] que la madre de esa criatura» (Haushofer 2003: 159 [74]). El

²² Las cursivas son mías.

²³ Como señalan Castaño y De la Rosa, a las mujeres no se les exige ser responsables sino «ser sacrificadas» y, en caso de no serlo, se las acusará de fallar «a toda la sociedad por traicionar algo sagrado e intrínseco a su misión superior» que no es otra que la maternidad (2016: 77).

²⁴ Es interesante notar que una idea similar también aparece en *Nosotros matamos a Stella*, novela que se analizará a continuación y en la que la protagonista, Anna, afirma: «A veces pienso que mi incapacidad para creer atrae la desgracia» (Haushofer 2008: 44).

sentimiento de culpa que le genera no haber cumplido las expectativas convertirá su regreso en un imposible: «Cuando se era débil no había que convertirse en una carga para el fuerte, obligándole a ser cruel e injusto» (Haushofer 2003: 163 [75]).

Por todo lo expuesto, vemos como, en *La puerta secreta*, Haushofer nos enfrenta de nuevo a la ambivalencia propia de la maternidad y, especialmente, al choque que se produce al enfrentarla con una maternidad estandarizada e idealiza impuesta por las convenciones sociales forjadas en una sociedad patriarcal. A diferencia de en *Un puñado de vida*, en esta novela no encontramos una voluntad de transgresión de los roles de género, sino el desgarramiento que se produce en la protagonista al intentar actuar contra su naturaleza independiente.

4.3. *Nosotros matamos a Stella (Wir töten Stella)*

Publicada por primera vez en 1958, *Nosotros matamos a Stella* nos muestra la cara oculta de una familia aparentemente perfecta compuesta por Anna, su marido Richard y los hijos de estos, Wolfgang y Annette. La muerte de Stella, una joven a la que la familia había acogido temporalmente en su hogar, supone un punto de inflexión para Anna, la protagonista, quien analiza en la novela su grado de responsabilidad en este trágico evento y su complicidad con un sistema patriarcal que castiga cualquier afrenta al statu quo.

El drama que se desencadena en la novela parte del hecho de que Stella se había convertido, por un corto período de tiempo, en la amante de Richard. La joven, que llegó al hogar de la familia como una muchacha «torpe y tímida», rápidamente se convierte en una mujer atractiva, que suscita el interés del marido de Anna (Haushofer 2008: 39 [76]). Descrito por Anna como un «animal carroñero, superficialmente domesticado» (Haushofer 2008: 69 [77]), Richard aprovecha su posición de poder para iniciar una relación sexual con la joven. Stella, sin embargo, parece albergar sentimientos mucho más intensos hacia él. Anna describe fríamente como la muchacha «esperaba, loca de deseo y desesperación, por lo menos ver a Richard, oír su voz y atrapar una mirada suya» (Haushofer 2008: 79 [78]). Estas ilusiones pronto se ven atajadas por Richard, quien en ningún momento se plantea transgredir «el orden aparente y el rigor superficial» que reina en su hogar (Haushofer 2008: 63 [79]).

Así, el rechazo de Richard y la sombra de un posible aborto parecen convertir a Stella en lo que Anna describe como una «diosa ambulante de la infelicidad» (Haushofer 2008: 81

[80]).²⁵ Es por ello por lo que el accidente de tráfico que acaba con su vida es, a ojos de Anna, un asesinato cometido por su familia. Por sus acciones u omisiones, Anna cree que todos contribuyeron al suicidio de una muchacha que al ser «incapaz de aprender las reglas del juego» estaba destinada a morir (Haushofer 2008: 39 [82]).²⁶

Uno de los motivos por los que Anna reconoce haber observado pasivamente la autodestrucción de Stella es, precisamente, su condición de madre. Además de por «cobardía y comodidad» (Haushofer 2008: 61), Anna afirma que su silencio se debió al amor que sentía por su hijo Wolfgang, un niño que siempre le «perteneció» (Haushofer 2008: 37 [84]) y que con ello solo pretendía «conservarle la ilusión de que crece en una familia normal» (Haushofer 2008: 61 [85]).²⁷

El fuerte vínculo existente entre madre e hijo es atribuido por Anna, en gran medida, a las experiencias que rodearon la llegada al mundo de Wolfgang:

Mi estrecho vínculo con este niño se debe quizás a que, en la guerra, durante innumerables días y noches lo he arrastrado conmigo a los refugios subterráneos, bien arrimado a mi cuerpo para darle el calor necesario, sin pensar en otra cosa que en *salvar ese frágil brote de vida*. Entonces todavía creía en el amor [...] pero Wolfgang fue lo único que me quedó (Haushofer 2008: 75 [87]).

Conforme el amor conyugal se va desvaneciendo, o, mejor dicho, cuando Anna se da cuenta de que el amor que le profesa Richard poco tiene que ver con sus cualidades,²⁸ su amor se va dirigiendo casi exclusivamente hacia Wolfgang:

Durante un tiempo toda mi vida afectiva se concentró en Wolfgang. Me volví una madre obsesiva, y no tardé en darme cuenta de ello. Entonces comencé a controlarme severamente. Nadie sabe cuántas veces retiré la mano que ya había alzado y que anhelaba acariciar su pelo y su frente [...]. Me protegí del aroma de su piel, de su voz, de la seducción que sus pestañas negras sobre las mejillas redondeadas ejercían sobre mí. La cantidad de cariño que me permitía era sólo aquella con la que yo podía vivir, y con la que Wolfgang no sufría ningún daño (Haushofer 2008: 64 [89]).

Es interesante notar que, históricamente, es a partir de la década de los 30 cuando se inicia una nueva corriente de «crianza permisiva», que considera vital «la estabilidad psíquica de la madre [...] para prevenir una amplia variedad de miedos y ansiedades infantiles»

²⁵ El aborto no se explicita en ningún momento. Es, pero, una interpretación bastante factible teniendo en cuenta la escena en la que Stella se horroriza al encontrarse a W., el ginecólogo amigo de Richard, en el café y atendiendo a las palabras de Anna, quien afirma que Richard «había arreglado todo lo que había que arreglar» (Haushofer 2008: 84 [81]).

²⁶ En este sentido, Anna solo excusa a Annette, su hija: «Annette es la única inocente de la muerte de Stella. Wolfgang, fue, sin saberlo, un instrumento» (Haushofer 2008: 61 [83]).

²⁷ Haushofer insiste en destacar esta doble causa en la novela: «Yo me esforzaba en no ver ni oír nada. Por Wolfgang y también por mí» (Haushofer 2008: 40 [86]).

²⁸ El amor de Richard hacia Anna se describe en términos de poder y posesión: «Me amaba sólo como su propiedad. Hubiera amado de la misma manera a cualquier otra persona en mi lugar, y así también ama a sus hijos, su casa, es decir, todo lo que pertenece a su persona» (Haushofer 2008: 63 [88]).

(Saletti Cuesta 2008: 171). La preocupación de Anna parece responder a estas nuevas tendencias en la crianza, y, especialmente, al «temor al exceso de indulgencia y de sobreprotección de la madre» (Saletti Cuesta 2008: 171). Es también llamativo el contraste que se produce al enfrentar este pasaje con el citado inmediatamente antes. El contacto corporal imprescindible a la hora de proteger la vida de Wolfgang en sus primeros años de vida, se torna un peligro a los ojos de Anna en un momento en el que su hijo «comienza ya a seguir su propio camino» (Haushofer 2008: 65 [90]). Son de nuevo las palabras de Beauvoir las que parecen arrojar algo de luz a esta ambivalencia que se manifiesta en la forma de relacionarse de Anna con su hijo:

La relación de la madre con el hijo se hace cada vez más compleja: es un doble y a veces ella tiene la tentación de alienarse totalmente en él,²⁹ pero es un sujeto autónomo, es decir, rebelde; es cálidamente real en este momento, pero en el fondo del futuro es un adolescente, un adulto imaginario; es una riqueza, un tesoro; también es una carga, un tirano (Beauvoir 2019: 611).

Es debido a este vínculo tan intenso por lo cual Anna teme alzar su voz en contra del abuso que se está cometiendo contra Stella. Observando la escena, antes mencionada, del encuentro de Stella con el ginecólogo, vemos como Anna ve amenazada su relación con Wolfgang si expone a Richard. Cuando esta menciona el encuentro a su marido, este rápidamente desvía el tema hacia su hijo. Esto, que podría parecer una conversación casual entre el matrimonio, es percibido por Anna casi como una amenaza:

De buena gana le hubiera dicho: “Querido, no tienes que recordarme que me puedes chantajear con Wolfgang. Ya sé que estoy por completo en tus manos”. Pero no lo dije. Me hubiera castigado sin piedad, a mí y a Wolfgang, que era totalmente inocente. Stella *no era mi hija* (Haushofer 2008: 82 [92]).³⁰

A pesar de estas últimas palabras, con las que Anna parece querer justificar su decisión, la protagonista también es muy consciente de que con su silencio ha incumplido con la tarea primordial que se le otorga históricamente a la mujer, esto es, cuidar de la vida:

Mi tarea hubiera sido proteger la vida, y protegerla de ataques asesinos. ¿Y qué he hecho? He llevado la vida de una mujer acomodada, me apoyé en la ventana y respiré el aroma de las estaciones del año mientras a mi alrededor se asesinaba y se hería (Haushofer 2008: 57 [93]).

Se enfrenta así a una de las paradojas del sistema patriarcal que, por un lado, le asigna a través del supuesto «instinto maternal» la tarea de proteger la vida y, por otro lado, le

²⁹ La tentación de alienarse en la figura de Wolfgang hace que Anna sienta, en algunas ocasiones, que se invierten los roles: «Hay instantes en los que de repente se confunden los roles y yo me convierto en una niña insensata mientras que sus ojos grises y oscuros se posan sobre mí, con suavidad y condescendencia, como los ojos de un padre» (Haushofer 2008: 61 [91]).

³⁰ Las cursivas son mías.

exige una total subordinación a la voluntad del marido. Como señala Palomar Verea, es la madre, a través del modelo impuesto, la que encarna el «instinto materno, el amor materno, el savoir faire maternal y una larga serie de virtudes derivadas de estos elementos: paciencia, tolerancia, capacidad de consuelo, capacidad de sanar, de cuidar, de atender, de escuchar, de proteger, de sacrificarse, etc. (2004: 16). La omisión de estos deberes al ignorar el sufrimiento de Stella por no desestabilizar el aparente equilibrio de su hogar y con ello, contrariar a su vengativo marido, enfrentan a Anna a la certeza de que «no es el amor lo que determina que una mujer “cumpla” con sus “deberes maternos” sino la moral [y] los valores sociales» (Palomar Verea 2005: 43).³¹

Esto es, además, un punto de inflexión personal, pues la enfrenta a su propio yo del pasado. Nada parece quedar de la Anna que protegía el «frágil brote de vida» en el refugio. Su silencio la ha convertido en cómplice de la destrucción de vida:

[Richard] es vengativo y cruel con los castigos que idea para mí. Todos ellos tienen que ver con Wolfgang. Es listo como el diablo y tengo miedo. Por supuesto que sabía que éste era un pensamiento miserable. *Mi tranquilidad y comodidad, incluso la tranquilidad de Wolfgang, eran insignificantes en comparación con aquello*: la ruina ante mis ojos de una persona joven e indefensa, por culpa de un placer que a Richard cualquier prostituta le hubiera podido proporcionar (Haushofer 2008: 73 [94]).³²

La muerte de la «intrusa» es percibida por Anna de forma simultánea como un alivio — parece vislumbrar, por fin, el regreso a su «antigua existencia con Wolfgang, el jardín [y] la ordenada rutina de mi cotidianidad» (Haushofer 2008: 87 [95])— y como una venganza de Stella, quien tras su muerte amenaza con arrancarle «lo único de lo que todavía prende [su] corazón» (Haushofer 2008: 37 [96]) esto es, Wolfgang:

Con sus quince años [Wolfgang] sabía tan bien como yo lo que estaba ocurriendo delante de nuestros ojos, y procuraba desesperadamente que no fuera consciente de ello. Entre tanto, yo concentraba mis esfuerzos en mantenerlo alejado de aquello, y así hice precisamente lo que no debería haber hecho, nada (Haushofer 2008: 40 [97]).

La inacción de Anna hace que Wolfgang tome la decisión final de alejarse de ella, rebelándose así contra su pasividad. Como destacará Anna, «Wolfgang detesta a su padre y a mí me detesta por mi cobardía» (Haushofer 2008: 44 [98]). Anna ya no encuentra en Wolfgang a su doble, sino a «un extraño lleno de amargura, un adulto frío y sin

³¹ Como señala Lorenz, «el vínculo de una mujer con los hombres, retratado como algo sin ningún valor y destructivo, resulta más fuerte que la maternidad, que la mujer siente ocasionalmente, por ejemplo, en *Nosotros matamos a Stella*». Traducción propia. En el original: «Die Bindung einer Frau an als wertlos und destruktiv dargestellte Männer erweist sich als stärker als die Mütterlichkeit, die die Frau zwar gelegentlich empfindet, etwa in *Wir töten Stella*» (1979: 179).

³² Las cursivas son mías.

compasión», un hombre «serio y rígido» que ya no es capaz de mirarla a los ojos (Haushofer 2008: 88 [99]).

Frente la relación maternofilial Anna – Wolfgang, la novela también nos muestra, más superficialmente, la relación Anna – Annette. Esta es una relación radicalmente distinta a la que mostraba la protagonista con su hijo y, de hecho, verbaliza esta diferencia al hablar de un hogar dividido en dos grupos o bandos y en el que Annette pertenece al bando contrario, liderado por Richard (Haushofer 2008: 48).

La identificación de Annette con su padre es un freno para el amor de Anna, quien reconoce, apesadumbrada que a Annette «tendría que amarla instintivamente si no se pareciese tanto a su padre» (Haushofer 2008: 48 [100]). En Annette, Anna no reconoce a una doble, sino a una cómplice, por analogía, de su marido:

Ambos [...] nacieron para ser seductores natos, cebos, que Dios, o quien sea, ha puesto para los demás, para los melancólicos, para los fieles, para los soñadores y para los sensibles (Haushofer 2008: 48 [101]).

De nuevo, en las palabras escritas por Haushofer parecen reflejarse las ideas de Simone de Beauvoir quien en analizar las relaciones madre-hija afirma:

En una hija, la madre no saluda a un miembro de la casta elegida: busca su doble. Proyecta en ella toda la ambigüedad de su relación consigo misma; y cuando se afirma la alteridad de ese alter ego, se siente traicionada (Beauvoir 2019: 617).

Annette no es para Anna un doble en el que reflejarse, como sí lo es Wolfgang (temporalmente). Es, en cambio, por su vitalidad,³³ una cómplice de un Richard quien «como a quien más ama es a sí mismo, también tiene que amar a su pequeña copia» (Haushofer 2008: 49 [103]).

No existe un vínculo corporal como sí existía con Wolfgang, a quien tuvo que proteger en el refugio. Annette llegó sin complicaciones, «sin esfuerzo y casi sin pensar, como si uno hubiese adquirido un gatito que comienza a gatear por las habitaciones y enseguida se pone de pie», afirmará Anna (Haushofer 2008: 75 [104]). Su contacto, sus muestras de cariño, «no crean lazos», e incluso incomodan a la protagonista generándole «un ligero malestar» (Haushofer 2008: 76 [105]). Annette es ajena a Anna, quien reconoce que «bien hubiera podido ser la hija de una conocida que estuviera de visita» (Haushofer 2008: 75 [106]).

³³ Para Anna, su hija es «demasiado sana y afortunada como para poderla amar» (Haushofer 2008: 48 [102]).

Tras el rechazo de Wolfgang y con un vínculo emocional prácticamente inexistente con Annette y Richard, a Anna no le queda nada a lo que aferrarse más que a sí misma y a «los horarios regulares de las comidas, al trabajo repetitivo de todos los días, a las visitas y a los paseos, [al] orden que [le] permite vivir» (Haushofer 2008: 53 [107]). De nuevo, la soledad se convierte en el destino final de una de las protagonistas de las novelas de Haushofer, una soledad que se convierte en su única aliada a la hora de intentar purgar su culpa y poder olvidar a Stella. Esta soledad es, pues, el único escenario posible en el que Anna puede permitirse, a través de la escritura, tratar de desenmarañar un hilo que, como ella afirma, cada día «se enreda más y más [...], crece y se extiende y un día me sepultará y me ahogará (Haushofer 2008: 91 [108]).

Es interesante notar que en esta novela también aparece el estereotipo de la «mala» madre, en este caso representado en Luise, la madre de la joven Stella. Luise es descrita por Anna como una «madre frívola y codiciosa» (Haushofer 2008: 40 [109]) e incluso llega a afirmar que esta «no es una madre destrozada por el dolor» ya que «la muerte de Stella le vino muy bien» y que solo «sollozaba y lloraba porque así lo exigía su papel» (Haushofer 2008: 42 [110]).

Esta crítica parece provenir del estilo de vida de Luise y es que, según Anna, tras la muerte de Stella, Luise «ya puede casarse con su estudiante de farmacia, que, sin esta dote, nunca habría conseguido. Puede *regalarse* ese joven y vigoroso muchacho y convencerse durante algún tiempo de que tuvo suerte» (Haushofer 2008: 42 [111]).³⁴

Para Anna, quien ha asumido para sí «un ideal maternal asexual, carente de deseo» y en el que solo se prioriza la relación maternofilial (Saletti Cuesta 2008: 177), Luise es una «arpía», «un pájaro de mal agüero, horrible, chupada y ninfómana» (Haushofer 2008: 46 [112]).

Al aceptar Anna el ideal —ampliamente promovido por las religiones monoteístas— de que «el comportamiento sexual de una “mujer ejemplar” siempre [va] dirigido a la procreación, en un contexto de resignación, sacrificio y sumisión al hombre», la libertad sexual de Luise es percibida como una aberración, lo que la convierte a ella en una mujer desnaturalizada, una mujer mala y, por tanto, en una mala madre (González Jiménez *et al.* 2012: 1926).

³⁴ Las cursivas son mías.

Atendiendo a esta perspectiva, la única decisión de Luise que Anna considera de forma positiva es el hecho de alejarse de Stella, especialmente al «meterla en un colegio de monjas» ya que por lo menos allí, considera la protagonista, Stella pudo encontrar «el suficiente amor para vivir durante ocho años» (Haushofer 2008: 46 [113]).

En *Nosotros matamos a Stella* se manifiesta con fuerza otra «personalidad escindida» de Marlen Haushofer, una voz que reivindica para sí la soledad y la escritura como medio de realización y que, a la vez, reconoce su complicidad en un sistema de poder patriarcal que poco o nada tiene que ver con el amor y la vida. La maternidad se muestra aquí en toda su ambigüedad y con todas las ambivalencias posibles, tanto al enfrentar los diferentes sentimientos que Anna alberga para con cada uno de sus hijos como al enfrentar el modelo estandarizado de buena madre y sus atributos a la lógica de subordinación patriarcal. Asimismo, la contraposición de la «buena» y la «mala» madre permite ver el imaginario existente alrededor de la maternidad y cómo este filtra y se apodera de los discursos de las propias mujeres.

5. Conclusiones

Un breve recorrido histórico por la conceptualización de la maternidad en Europa muestra cómo se ha configurado un ideal de maternidad estandarizado que rechaza frontalmente cualquier indicio de ambivalencia. Así, de este ideal se desprenden dos estereotipos: los de la «buena» y la «mala» madre, modelos que se convierten en los parámetros que, a partir de entonces y casi hasta día de hoy, se utilizan para valorar el desempeño de la función maternal por parte de las mujeres

En el contexto austríaco en el que se educó Marlen Haushofer vemos, además, como a esta consideración unívoca de la maternidad se le suma la expectativa de que la mujer-madre actúe desde la abnegación y el sacrificio, unas conductas estrechamente ligadas al ideal católico impuesto a partir de la figura estereotipada de María. Esta será, pero, una aproximación que se irá devaluando progresivamente con el acercamiento del país a políticas de carácter nacionalsocialista. La maternidad, entonces, será estandarizada no ya solamente a partir de unas directivas espirituales y biológicas, sino desde la lógica pragmática de la repoblación nacional y del deber patriótico. Con ello, se pone en evidencia el carácter interesado de la maternidad institucionalizada y su permeabilidad a la hora de responder a las voluntades dictadas desde las esferas de poder.

El alto grado de aceptación e integración de estos ideales en el imaginario femenino no hace más que enfatizar la importancia de la transgresora figura de Simone de Beauvoir, quien en *El Segundo Sexo* se atreve a cuestionar la lógica patriarcal que vincula indisolublemente mujer y maternidad, abriendo con ello nuevos espacios de reflexión que permitirán una progresiva deconstrucción del ideal materno.

Esta voluntad de evidenciar el papel que juega la maternidad en la perpetuación de los roles de género no es, pero, algo exclusivo de Beauvoir. Innegablemente alentada por las palabras la filósofa francesa, Marlen Haushofer también se atreve a retratar en sus obras unas maternidades en constante pugna con el ideal y en las que se revelan las ambivalencias del amor materno y la inexistencia de un instinto maternal consustancial a la mujer que rijan las actuaciones femeninas.

En sus novelas, vemos cómo Haushofer recurre habitualmente a la contraposición de los estereotipos de la «buena» y la «mala» madre para ejemplificar la inadecuación que sienten sus protagonistas, unas mujeres que albergan sentimientos ambivalentes y, por tanto, muy apartados de la maternidad idílica y unívoca que se promueve desde la

ideología patriarcal. Esto también le permite reflejar cómo la culpa que se deriva de esta inadecuación se convierte en un elemento vertebrador de la vida de las protagonistas y cómo debido a este sentimiento sus «madres» conciben el aislamiento —físico o psicológico— y la soledad como los únicos espacios posibles para su desarrollo individual.

Además, una lectura global de sus obras permite señalar cómo Haushofer se sirve de estas «madres» para revelar las paradojas de un sistema ideológico y cultural diseñado por y para hombres en el que las mujeres son percibidas esencialmente como cuidadoras del otro, excepto cuando este cuidado puede suponer una afrenta al propio sistema y, por tanto, desafiar las lógicas de subordinación femenina.

Por todo ello, y respondiendo a uno de los propósitos de este trabajo, creo que el análisis de estas obras de Marlen Haushofer permite afirmar que sus novelas reflejan las mismas problemáticas que posteriormente han destacado autoras afines al movimiento feminista y que, por tanto, pueden y deben ser consideradas feministas.

La pasividad de sus protagonistas, motivo alegado por algunas voces críticas para descartar a Marlen Haushofer como autora feminista, no creo que deba ser atribuida tanto a una voluntad de no-acción como a una imposibilidad de acción, convirtiéndose así esta característica en una crítica más de la autora hacia una sociedad que restringe las libertades de actuación femeninas.

Asimismo, la inclusión en sus novelas de reflexiones que se vinculan directa y casi literalmente a la obra de Simone de Beauvoir no hace más que destacar el grado de concienciación de Marlen Haushofer respecto a las problemáticas de género, especialmente en lo concerniente a la maternidad y a los diferentes mecanismos ideológicos que rodean a este concepto y que perpetúan la domesticidad de la mujer.

Bibliografía

ADAMS, Sarah LaChance (2014): *Mad Mothers, Bad Mothers and What a Good Mother Would Do. The Ethics of Ambivalence*. Nueva York: Columbia University Press.

ALLEN, Ann Taylor (2005): *Feminism and Motherhood in Western Europe, 1890-1970*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

ALMOND, Barbara (2010): *The Monster Within. The Hidden Side of Motherhood*. Los Ángeles: University of California Press.

ARCO BLANCO, Miguel Ángel (2007): «La marea autoritaria: nacimiento, desarrollo y consolidación de regímenes parafascistas en Austria y España», *HAOL*, nº12, pp. 119-131.

BADINTER, Elisabeth (1981): *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVIII al XX*. Barcelona: Editorial Paidós/Pomare.

BANDHAUER-SCHÖFFMANN, Irene (2016): «Hausfrauen und Mütter im Austrofaschismus. Gender, Klasse und Religion als Achsen der Ungleichheit», *ÖZG. Austrian Journal of Historical Studies*, vol. 27, nº3, pp. 44-70.

BAÑÓN CASTELLÓN, Lola (2010): «La culpa como instrumento cultural de sumisión» dentro de GIL GÓMEZ, Alicia, ESCRIG GIL, Gemma y Águeda FORCADA MARTÍNEZ: *Miedos, culpas, violencias invisibles...¡A vueltas con el amor!*. Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, pp. 82-85.

BATTISTON, Régine (2010): «Écrire pour transcender sa condition da femme», *Germanica*, n.46, pp.1-11.

BEAUVOIR, Simone de (2019): *El segundo sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra.

BOGINO LAMAMBEBERE, Mercedes (2020): «Maternidades en tensión. Entre la maternidad hegemónica, otras maternidades y no-maternidades», *Investigaciones Feministas*, pp. 9-20.

BÜSKENS, Petra (2005): «When Eve Left the Garden. A Modern Tale about Mothers Who Leave Their Families» dentro de PORTER, Marie; SHORT, Patricia y Andre O'REILLY (eds.): *Motherhood: Power and Opression*. Toronto: Women's Press, pp. 265-284.

CASQUETE, Jesús (2013): «Un mundo “pequeño”, otro mundo “grande”: El discurso de género del nacionalsocialismo», *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, n°159, pp.165-201.

CASTAÑO, Marga y Esther DE LA ROSA (2016): «La maternidad es *hardcore*, por mucho que se empeñen en decirte lo contrario», dentro de CENDAL, Sandra (ed.): *(H)amor de madre*. Madrid: Editorial Continta Me Tienes, pp. 69-86.

CHAPPEL, James (2018): *Catholic modern. The Challenge of Totalitarianism and the Remaking of the Church*. Cambridge: Harvard University Press.

CHARBONNEAU, Patrick (1989) : «Portrait de femme en céleste dragon : Les images de Marlen Haushofer dans ses récits et romans», *Germanica*, n.5, pp.1-18.

DREYMÜLLER, Cecilia (2008): *Incisiones. Panorama crítico de la narrativa en lengua alemana desde 1945*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

FELSKI, Rita (1989): *Beyond Feminist Aesthetics. Feminist Literature and Social Change*. Cambridge: Harvard University Press.

FERRER PÉREZ, Victoria A. (2010): «El abordaje feminista del concepto de culpa y su significado desde la psicología social» dentro de GIL GÓMEZ, Alicia, ESCRIG GIL, Gemma y Águeda FORCADA MARTÍNEZ: *Miedos, culpas, violencias invisibles... ¡A vueltas con el amor!*. Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, pp. 85-94.

GARROCHO BURGOS, Francisco Javier (2012): «Educación y modelos de género en Europa durante los siglos XIX y principios del XX: “El modelo de Finlandia” y el nacimiento del feminismo europeo», *Cuestiones pedagógicas*, n°21, pp.391-417.

GELLOT, Laura y Michael PHAYER (1987): «Catholic Women in Opposition to Fascism», *Journal of Contemporary History*, vol.22, n°1, pp. 91-114.

GELLOT, Laura (1988): «Defending Catholic Interests in the Christian State: The Role of Catholic Action in Austria, 1933-1938», *The Catholic Historical Review*, vol.74, n°4, pp. 571-589.

GÓMEZ PATO, Rosa Marta (2008): «Estudio crítico» dentro de HAUSHOFER, Marlen: *Nosotros matamos a Stella. El quinto año*. Madrid: Ediciones Siruela, pp. 15-24.

GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Emilio *et al.* (2012): «Maternidad, sociedad, cultura y religión: ¿conflicto de identidades?» dentro de SUÁREZ-VILLEGAS, Juan-Carlos *et al.*: *I Congreso Internacional de Comunicación y Género. Libro de Actas: 5,6 y 7 de marzo de 2012*. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 1921-1931.

GONZÁLEZ PEREZ, Teresa (2008): «El aprendizaje de la maternidad: discursos para la educación de las mujeres en España (siglo XX)», *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, nº46, pp. 91-117.

GÜRTLER, Christa (2010): «Marlen Haushofer: “Eigentlich kann ich nur leben, wenn ich schreibe», *Die Furche*. Recurso digital. Recuperado de <https://www.furche.at/feuilleton/literatur/marlen-haushofer-eigentlich-kann-ich-nur-leben-wenn-ich-schreibe-1169881> [Consultado el 7 de abril de 2021].

HAUSHOFER, Marlen (2003): *La puerta secreta*. Madrid: Editorial Siruela [Traducción de María Esperanza Romero y Richard Gross].

—(2005): *Un puñado de vida*. Madrid: Editorial Siruela [Traducción de María Esperanza Romero y Richard Gross].

—(2008): *Nosotros matamos a Stella. El Quinto año*. Madrid: Editorial Siruela [Traducción de Rosa Marta Gómez Pato].

HERNÁNDEZ CORROCHANO, Elena (2012): *Teoría feminista y antropología: claves analíticas*. Madrid: Editorial Centro de Estudios Ramón Areces.

IMAZ MARTÍNEZ, Elixabete (2001): «Mujeres gestantes, madres en gestación. Metáforas de un cuerpo fronterizo», *Política y Sociedad*, nº36, pp. 97-111.

IRIBARNE GONZÁLEZ, María de la Macarena (2010): «Discursos sobre la maternidad científica. Una perspectiva crítica», *Investigaciones feministas*, vol.1, pp. 193-212.

KECHT, Maria-Regina (2007): «Marlen Haushofer: Recollections of Crime and Complicity», *Studies in 20th and 21st Century Literature*, vol. 31, pp. 82-108.

LACKENBUCHER, Raimund (1968): «“In jener fernen Wirklichkeit” Ein besinnliches Gespräch mit Marlen Haushofer», *Neue Illustrierte Wochenschau*, p. 13.

LAGRAVE, Rose-Marie (2000): «Una emancipación bajo tutela. Educación y trabajo de las mujeres en el siglo XX» dentro de DUBY, Georges y Michelle PERROT: *Historia de las mujeres. 5. El siglo XX*. Madrid: Editorial Taurus, pp. 506-557.

LANCHARRO TAVERO, Inmaculada *et al.* (2011): «La deconstrucción del instinto maternal: una revisión histórica», *Logros y retos: Actas del III congreso universitario nacional "Investigación y género"*, pp. 318-333.

LAZARRE, Jane (2007): «Extracto de *El nudo materno*» dentro de DAVEY, Moyra (ed.): *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*. Barcelona: Editorial Alba, pp. 53-82.

LÓPEZ PARDINA, Teresa (2019): «Prólogo a la edición española» dentro de Beauvoir, Simone de: *El segundo sexo*. Madrid: Ediciones Cátedra, pp. 7-39.

LORENZ, Dagmar C.G. (1979): «Marlen Haushofer: eine Feministin aus Österreich», *Modern Austrian Literature*, vol.12, nº3-4, pp.171-191.

MARTÍN GARZO, Gustavo (2008): «Prólogo» dentro de HAUSHOFER, Marlen: *Nosotros matamos a Stella. El quinto año*. Madrid: Ediciones Siruela, pp.9-14.

MILLER, Tina (2005): *Making Sense of Motherhood. A Narrative Approach*. Nueva York: Cambridge University Press.

MIZRAHI, Liliana (2003): *Las mujeres y la culpa. Herederas de una moral inquisidora*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

NEYER, Gerda y Laura BERNARDI (2011): «Feminist Perspectives on Motherhood and Reproduction», *Historical Social Research / Historische Sozialforschung*, vol.36, nº2, pp.162-176.

PADILLA CASTILLO, Graciela y Javier RODRÍGUEZ TORRES (2013): «La I Guerra Mundial en la retaguardia: la mujer protagonista», *Historia y Comunicación Social*, vol.18, pp.191-206.

PALACIOS LIS, Irene (2003): «"Consejos a las Madres": autoridad, ciencia e ideología en la construcción social de la función materna. Una mirada al pasado», *Sarmiento. Revista Galego-Portuguesa de Historia da Educación*, nº7, pp.61-80.

—(2007): «Mujeres aleccionando a mujeres. Discursos sobre la maternidad en el siglo XIX», *Historia de la educación. Revista interuniversitaria*, nº26, pp.111-142.

PALOMAR VEREA, Cristina (2004): «“Malas madres”: la construcción social de la maternidad», *Debate feminista*, vol. 30, pp.12-34.

—(2005): «Maternidad: historia y cultura», *La ventana*, nº22, pp.36-67.

PAZOS POLO, Clara y David POLO SERRANO (2018): «La figura de la mujer en el nazismo» dentro de SÁNCHEZ GUTIÉRREZ B. (Ed.): *Feminismo, investigación y comunicación: una aproximación plural a la representación de las mujeres*. Sevilla: Egregius, pp. 85-107.

PÍO XI (1930): Carta Encíclica *Casti Connubis del Papa Pío XI sobre el matrimonio cristiano*. Recurso digital. Recuperado de http://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19301231_casti-connubii.html [Consultado el 31 de marzo de 2021].

PIZARRO HUERTA, Nicolás (2016): «El modelo espartano de maternidad y su influencia en el discurso de la mujer promovido por el nacionalsocialismo alemán (1925-1945)», *Revista Historias del Orbis Terrarum*, n. Extra 11, pp. 53-75.

REICHART, Manuela (2003): «Era una ladrona» dentro de HAUSHOFER, Marlen: *La puerta secreta*. Madrid: Editorial Siruela, pp.171-178.

REYES FERRER, María (2017): «La maternidad y las relaciones materno-filiales en la obra de Elena Ferrante», *Asparkia*, nº31, pp.47-63.

RICH, Adrienne (2007): «Extracto de *Nacida de mujer*. “Cólera y ternura”» dentro de DAVEY, Moyra (ed.): *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*. Barcelona: Editorial Alba, pp. 53-82.

—(2019): *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Traficantes de Sueños.

RODRÍGUEZ ARANCIBIA, María Gabriela (2005): *La Construcción de la Identidad Femenina Adolescente: una encrucijada entre el culto mariano y el mundo público*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.

ROUSSEAU, Jean Jacques (1997): *El Emilio o de la educación*. Madrid: Alianza.

SALETTI CUESTA, Lorena (2008): «Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad», *Clepsydra*, nº7, pp.169-183.

SÁNCHEZ RIVERA, Miriela (2016): «Construcción social de la maternidad: el papel de las mujeres en la sociedad», *Opción: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, nº13 Extra, pp. 921-953.

THÉBAUD, Françoise (2000): «La nacionalización de las mujeres» dentro de DUBY, Georges y Michelle PERROT: *Historia de las mujeres. 5. El siglo XX*. Madrid: Editorial Taurus, pp. 39-106.

TORO MUÑOZ, Francisco Miguel (2006): *Nazismo y resistencia en Austria. Oposición, disenso, consenso y policía política. Viena (1938-1942)*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.

TRABANCO, Nieves (1998): «Marlen Haushofer: una superviviente» dentro de HAUSHOFER, Marlen: *La buhardilla*. Gijón: Ediciones Trea, pp. 173-180.

VANSANT, Jacqueline (1988): *Against the Horizon. Feminism and Postwar Austrian Women Writers*. Connecticut: Greenwood Press.

WOLFRING, Mina (1930): «Warum sind Mütterschulen eine Notwendigkeit», *Frauen-Jahrbuch*, pp. 152-154. Recurso digital. Recuperado de <https://anno.onb.ac.at/cgi-content/anno-plus?aid=fja&datum=1930&page=156&size=45>. [Consultado el 28 de febrero de 2021].

Apéndice

- [1] «hätte seinem Kind keine bessere Mutter geben können» (Haushofer 1997: 8).
- [2] «[Dank Frau Käthes Gutmütigkeit] mit der sie die Nörgeleien ihres Gatten und die leichte Aufsässigkeit der Tochter ertragen hatte» (Haushofer 1997: 9); «[Frau Käthe] immer den Stiefsohn ihrer Tochter vorgezogen. Sei es, daß sie, wie viele Frauen, Mädchen nicht mochte oder daß sie in ihm ihre tote Freundin weiterliebte» (Haushofer 1997: 8).
- [3] «zu stark, zu wild und zu groß» (Haushofer 1997: 16).
- [4] «Das Haus war nur von Frauen bewohnt»; «Die großen Frauen» (Haushofer 1997: 17).
- [5] «[...] so stolz und mächtig» (Haushofer 1997: 27); «Darüber erschrak sie so sehr, daß sie es auf der Stelle wieder vergaß» (Haushofer 1997: 28).
- [6] «Sie wollte nicht um sechs Uhr aufstehen und trunken vor Schläfrigkeit in der Kirche singen, [...], sie war gewöhnt, jederzeit reden zu dürfen, nicht nur zu gewissen Stunden» (Haushofer 1997: 32).
- [7] «mußte sie eben ein schlechtes bleiben, faul, jähzornig und schlampig» (Haushofer 1997: 34).
- [8] «Allmählich fing sie an, sich immerfort schuldbeladen fühlen»; «dieses ständige Schuldgefühl machte sie elend» (Haushofer 1997:34)
- [9] «einer unsichtbaren Macht, die hinter ihnen stand»; «den Regeln und Gesetzen» (Haushofer 1997: 49).
- [10] «Die Frauen in den schwarzen Gewändern waren Betörte, immerfort in alle Ewigkeit betört» (Haushofer 1997: 50).
- [11] «aber immer wieder erhob sich das ungebärdige Kind in ihr schlug um sich und zerrte an den Fesseln, bis es erschöpft dastand, verlassen von jedem Trost, aber frei» (Haushofer 1997: 50).
- [12] «Irgendwie war Elisabeth in den Ruf der Flatterhaftigkeit gekommen, denn es war ihre Gewohnheit, sich frei und ungebunden zu bewegen, ahnungslos in feste

Freundschaftsbünde einzubrechen und sich unverbindlich zurückzuziehen, sobald ihre Neugierde gestillt war» (Haushofer 1997: 59).

[13] «das Wissen um ihre etwas eigene Zwiespältigkeit»; «um die Unfähigkeit, sich einmal ganz und endgültig für einen Menschen oder eine Sache entscheiden zu können» (Haushofer 1997: 66).

[14] «Gift» (Haushofer 1997: 70).

[15] «die genau ihre wunde Stelle getroffen hatten»; «Sie war jetzt überzeugt davon, daß sie wirklich ein Gift in sich trug, das Verwirrung in ihrem und in fremden Herzen erzeugte» (Haushofer 1997: 70).

[16] «Am besten —sagte sie— wird es sein, wenn ihr mir in Zukunft aus dem Weg geht» (Haushofer 1997: 71).

[17] «Sie war ein Eindringling, der darauf verzichtet hatte, die geduldeten Schleichwege zu gehen, sie war ein Narr, und es geschah ihr recht» (Haushofer 1997: 93)

[18] «Sie war niemals imstande gewesen, gegen ihren Körper zu leben»; «Sie dachte schauernd an das Elend tausender gegen ihren Willen verheirateter Frauen der vergangenen Jahrhunderte»; «Wir wären alle schöner und besser, dachte sie, wenn wir nicht aus der Lüge unserer Vorfahren kämen» (Haushofer 1997: 96).

[19] «Sie sah deutlich den mörderischen Kampf der kleinen Embryoschmarotzer gegen den feindlichen Mutterleib, der sich damit quälte, sie auszustoßen aus der weichen, dunklen Wärme» (Haushofer 1997: 96).

[20] «Und unbegreiflicherweise wurde es wirklich eine gute Ehe, bis zu dem Tag, an dem Elisabeth aus Antons Leben verschwand» (Haushofer 1997: 102).

[21] «Man konnte nicht gleichzeitig eine Sache behalten und aufgeben. Sie hatte einmal Freiheit, Kälte und Selbständigkeit gewählt und sich zeitlebens nach Zärtlichkeit, Wärme und Geborgenheit verzweifelt gesehnt. Nur das Wissen um ihre Veranlagung hatte sie davon abgehalten, diesem Verlangen nachzugeben» (Haushofer 1997: 102)

[22] «Sie begriff, daß sie endlich allein war. Es gab keinen Vater, Gatten oder Freund, der sie schützen konnte. Sie saß nicht mehr im Schoß der Familie, eingesperrt, aber behütet und geliebt. Die Freiheit startete ihr entgegen aus den kalten, lüsternen Augen dieses fremden Mannes» (Haushofer 1997: 146).

[23] «Es gab nicht ein Bild aus den Jahren 31-32, und Betty war froh darüber» (Haushofer 1997: 104)

[24] «den brutalen Eingriff von außen» (Haushofer 1997: 114)

[25] «die sich jedesmal ärgerte, wenn ein Fremder in den Bereich ihrer Häuslichkeit einbrach» (Haushofer 1997: 104).

[26] «fühlte sie sich noch sicher und geborgen in einer sehr privaten Welt» (Haushofer 1997: 105).

[27] «Plötzlich wußte Elisabeth, daß sie gar nicht hierhergehörte, daß die Stimmen von nebenan die eines fremden Mannes und eines fremden Kindes waren. Es war, als habe sie sich in das behagliche Bürgerhaus nur eingeschlichen und warte beklommen darauf, entdeckt zu werden. Die seidene Steppdecke, der Toilettetisch, die Kleider im Kasten, alles gehörte nicht ihr, sondern einer ganz anderen» (Haushofer 1997: 110)

[28] «Sie dachte an alles, was sie niemals kennen würde (111); das Gebirge von Büchern, die sie niemals lesen würde»; «die Umarmungen von fremden Männern, die sie niemals kennen würde»; «ihr Verlangen nach dem Unerreichbaren verwandelte sich langsam in Traurigkeit» (Haushofer 1997: 111).

[29] «Elisabeth nahm den Kleinen auf und küßte ihn, als müsse er ihr diese und alle Welten ersetzen»; «Es wurde ihr wieder einmal klar, wie überflüssig sie eigentlich war» (Haushofer 1997: 112).

[30] «Die brave Anna erledigte den Haushalt, Toni brauchte nichts als seine Ordnung und Bequemlichkeit und der Kleine seinen Brei, saubere Höschen, sein Bad und viel Schlaf» (Haushofer 1997: 112)

[31] «Niemand wäre daran gestorben, daß einmal keine frischen Blumen in den Vasen standen oder keine Zigaretten bereitlagen» (Haushofer 1997: 112).

[32] «Elisabeths Leben verlief also zwar sehr beschäftigt, aber ganz ohne befriedigende Arbeit. Einigemal versuchte sie mit Toni darüber zu reden, aber er sagte nur, es gäbe ja genug zu tun im Haus und sie solle im übrigen froh sein, daß sie sich nicht so plagen müsse wie andere Frauen. Sie konnte ihm nicht widersprechen, denn alles, was er sagte, klang ganz richtig. Aus seinen vernünftigen und wohlgesetzten Worten aber spürte sie

etwas Schiefes und Oberflächliches, das sein ehrliches Gesicht Lügen strafte» (Haushofer 1997: 112).

[33] «Vielleicht hätte sie endgültig resigniert und wäre mit den Jahren eine freundliche, ein wenig zerstreute Frau geworden, die mit ihrem Kind spazierengeht, Romane liest, Gäste empfängt, Blumen in die Vasen ordnet und das Leben sanft und ohne Bedauern davonrinnen spürt. Eine von den vielen Frauen, deren Wille gebrochen ist und die gar nicht mehr wirklich sind» (Haushofer 1997: 114)

[34] Warum sollte ich nicht endlich tun dürfen, was mir gefiel und was schon lange mein Wunsch war? (Haushofer 2012: 27)

[35] «Betty war fast sicher, daß sie eines Tages angefangen hätte, wieder ihr eigenes Leben zu führen, das sie aus Liebe aufgegeben hatte»; «Lenart hatte nichts getan als diese Entwicklung beschleunigt, vielleicht um viele Jahre, vielleicht nur um kurze Zeit» (Haushofer 1997: 114).

[36] «Sie fing an, sich unnatürlich viel mit dem Kind zu beschäftigen. Bis zur Erschöpfung trug sie es auf den Armen hin und her, spielte mit ihm, fütterte es mit Engelsgeduld. Sie ließ es keine Minute aus den Augen, und es wurde verwöhnt, anspruchsvoll, und weinte, sobald sie aus dem Zimmer ging. Stundenlang konnte sie mit ihm auf dem Boden hocken, ganz der Nähe des kleinen Körpers hingegeben, und plötzlich, während sie ein Bauholz auf das andere schob, in Tränen ausbrechen. [...] Die Hand zwischen den Stäben des Gitterbetts durchgeschoben, hielt sie die fieberheißen Händchen, gedankenlos, träge und ganz dem Augenblick hingegeben» (Haushofer 1997: 123).

[37] «Sie befaßte sich viel mit dem Kleinen und entwickelte im Haus eine fieberhafte Tätigkeit [...] Am Abend nahm sie Schlapfpulver und ging tagsüber leicht betäub, aber ohne Schmerz und Wissen, im Haus umher» (Haushofer 1997: 130).

[38] «daß es Elisabeth schien, sie selbst sitze dort, [...]. Der Gedanke an den Kummer und die endlosen Enttäuschungen, die diese Veranlagung ihrem Kind bringen mochte, trieb Tränen der Hilflosigkeit in ihre Augen. Haß erfolle sie auf jene, die dieses Kind peinigen, verletzen und kränken würden, das Verlangen, sie alle zu schlagen oder zu töten, wurde so übermächtig, daß sie die Hände ineinanderkrampfen mußte» (Haushofer 1997: 126).

[39] «Und dann ertappte sie sich zum erstenmal bei dem Wunsch, Toni, Lenart und das Kind möchten tot sein und sie befreit von der unerträglichen Last des Gefühls [...] Sooft Elisabeth in Zukunft das Kind in die Arme schloß, ließ der einmal gedachte Gedanke sie erstarren und zurückweichen» (Haushofer 1997: 144).

[40] «Das Haus füllte sich plötzlich mit Wärme und Behaglichkeit»; «lebte wie eine Fremde in ihrem Haus» (Haushofer 1997: 144).

[41] «Alles, was ihr damals als Unglück für die Betroffenen erschienen war, hatte sich letztgen Endes als Glück erwiesen, denn es gab keinen Zweifel, daß Käthe eine weitaus bessere Gattin und Mutter war, als es Elisabeth jemals hätte sein können» (Haushofer 1997: 118).

[42] «Elisabeths (nachlässig erzogener) Sohn hätte sich gewiß unter irgendeinem Vorwand entschuldigt, Käthes (wohl erzogener) Sohn aber unterdrückte jede Spur von Ärger und setzte sich höflich dankend an ihre Seite» (Haushofer 1997: 157).

[43] «Und mitten durch ihre Träume trippelte ein zweijähriges Kind und zog eine hölzerne Ente hinter sich her. Dieses Kind blieb ewig klein und hilflos und gab vor, sie zu brauchen. [...] Sein Gesicht glich mit den Jahren immer mehr den wächsernen Jesuskindern, [...] Dann wußte Betty, daß sie es getötet hatte, und erwachte in ihrem großen, einsamen Bett mit einem schmerzhaften Druck auf der Brust» (Haushofer 1997: 147).

[44] «Ein Jahr Ehe, die eigentlich nur vier Wochen dauerte, hinterläßt keine Spuren» (Haushofer 1991: 15).

[45] «An dieser Ehe war nichts wichtig als mein Entschluß, eine sogenannte «gute» Frau zu werden und mein Leben ein für allemal in eine bestimmte Bahn zu lenken. Eine Art Selbstschutz sozusagen, aber das konnte ich damals, als Zwanzigjährige, natürlich nicht wissen» (Haushofer 1991: 15)

[46] «Nie konnte sie sich dazu aufraffen, immerfort diese kleinen lästigen Verrichtungen zu vollbringen, die sie doch täglich alle anderen Frauen tun sah» (Haushofer 1991: 28).

[47] «Eigentlich war es nur diese eine Sache, die Annette wirklich wütend und verzweifelt gemacht hatte und die sie nie ganz vergessen konnte»; «Jenes Gefühl von Hilflosigkeit und Abscheu und die jähe Angst, nie mehr entfliehen zu können» (Haushofer 1991: 31).

[48] «In der Bibliothek bin ich frei, kein Mensch macht mir Vorschriften, und ich weiß, daß ich mich sehr schwer unterordnen kann» (Haushofer 1991: 47).

[49] «Mit ihrem Mann und drei Kindern lebt sie in einer Zweizimmerwohnung, und alle gehen einander schrecklich auf die Nerven» (Haushofer 1991: 39).

[50] «Eine verblühte, magere Frau» (Haushofer 1991: 39); «Nur erschöpft und unfähig, an andere Dinge zu denken als an die steigenden Preise und die zerrissenen Socken ihrer Familie, und jeder Frau in ihrer Lage müßte es ebenso gehen [...] Sie ist sich selbst völlig entfremdet» (Haushofer 1991: 40).

[51] «Nur weil die halbe Menschheit mit tierischem Ernst Wache steht vor ihrer Brut, ist es der anderen Hälfte möglich, sich mehr oder weniger überflüssigen, aber sicher höchst anregenden Spielereien hinzugeben» (Haushofer 1991: 67).

[52] «daß ich selbst Unglücklichsein der alten Kälte, Gleichgültigkeit und einer Traurigkeit um nichts vorziehe»; «Ich kann mir ausrechnen, wie es enden wird, und schon jetzt fürchte ich mich vor dem langen Weg, den ich eines Tages werde zurückgehen müssen und der doch nirgends hinführen kann als in Kälte und Gleichgültigkeit» (Haushofer 1991: 66).

[53] «Gregor weiß nichts von mir, weil nichts ihn interessiert, was über mein erotisches Verhalten hinausgeht, nichts, was er nicht im wahren Sinn des Wortes mit Händen greifen kann. Ich weiß nichts von ihm, weil er nichts von seinen Gedanken preisgibt. Das ist natürlich ein großer Unterschied. Ich leide schon jetzt darunter und werde noch viel mehr leiden» (Haushofer 1991: 68).

[54] «Überhaupt richtet er sich mehr als ich nach den üblichen gesellschaftlichen Formen, die doch für ihn wirklich nur Formen sein können, die man aus Gründen der Zweckmäßigkeit respektieren muß» (Haushofer 1991: 71).

[55] «Ich war zu lange allein, um die Hand zurückzustößen, die mich aus meiner Einsamkeit geholt hat» (Haushofer 1991: 76).

[56] «Nie habe ich mir ein Kind gewünscht, und ich tu es auch jetzt noch nicht, aber ich finde es schön, daß es in einer Zeit entstanden ist, in der auch meine seelische Sterilität sich in Fruchtbarkeit verwandelt hat» (Haushofer 1991: 75).

[57] «immer hilfloser und unbotmäßiger wird» (Haushofer 1991: 76).

[58] «Vorläufig ist mir immer nur übel»; «vergiftet» (Haushofer 1991: 86).

[59] «Wie kommt es, daß dieses winzige Kind mir ein so abscheuliches Gefühl von Klebrigkeit und Unsauberkeit macht?» (Haushofer 1991: 86).

[60] «Mein Zustand, der Gregor dazu zwingt, Rücksicht zu nehmen, wo es ihm am schwersten fällt, fängt sichtlich an ihn zu langweilen» (Haushofer 1991: 131).

[61] «Das einzige, was ihn daran störte, war offenbar die Tatsache, daß sie nicht länger seine Geliebte [...] konnte» (Haushofer 1991: 151).

[62] «Da ich ja nichts an ihm besitze als diesen Körper, kann ich mich auch nicht mit dem so oft gehörten Argument zufriedengeben, daß er in Wahrheit nur mich liebt» (Haushofer 1991: 131).

[63] «Annette verfluchte die Konvention, die Gregor zwang zu lügen und sie zu einer Närrin machte, die noch dazu bedacht sein mußte, ihr Wissen zu verbergen, um sein Ehrgefühl nicht zu verletzen» (Haushofer 1991: 146)

[64] «Dieses Kind bewegte sich und begann wirklich zu werden [...]. Plötzlich hatte die Übelkeit einen Sinn bekommen, es lohnte sich, schwindlig und krank zu sein für ein Geschöpf, das sich wirklich in ihr bewegte und das sie nun täglich heftiger spüren würde» (Haushofer 1991: 100).

[65] «Manchmal denke ich über mein Kind nach. Gleicht es Gregor, ist ihm zu gratulieren, wird es mir ähnlich, wird es zwar ein schweres Leben haben, aber auch das ist vorstellbar. Nur der Gedanke an eine Mischung erschreckt mich. Es könnte da ein sehr harmonisches Wesen, aber auch ein kleines Ungeheuer wachsen. Vielleicht hängen meine Schuldgefühle auch damit zusammen» (Haushofer 1991: 87).

[66] «Gregor behauptet, er bewundere an mir meine Natürlichkeit. Wenn er wüßte, was mich diese Natürlichkeit kostet und welche Kunst dazugehört, sie zu entwickeln. Es ist mir ja klar, daß er mich als die, die ich wirklich bin, nicht lieben könnte» (Haushofer 1991: 76).

[67] «sehe, daß ich vorsichtig sein muß, und beobachte genau, um herauszufinden, wie Gregor sich seine Frau vorstellt» (Haushofer 1991: 79).

[68] «Nie im Leben werde ich das können, dachte sie. Oder wurde man so, sobald man ein Kind hatte? [...] Und dann wußte sie plötzlich, daß sie nie hier sitzen würde, mit ihrem

Kind im Wagen, häkelnd oder lesend [...] Das alte Gefühl des Ausgeschlossenenseins überfiel sie wieder. Es war ein Unrecht an ihrem Kind, daß sie nicht so sein konnte wie diese Mütter» (Haushofer 1991: 109).

[69] «Sie sah sich das Leben einer guten Hausfrau führen, einkaufen, kochen, das Baby pflegen und ihr Leben lang auf den Augenblick warten, in dem Gregor zur Tür hierkommen würde. Sie wußte mit dumpfer Verzweiflung, daß sie nicht dazu fähig sein würde» (Haushofer 1991: 151).

[70] «Aber es ging ja gar nicht mehr um sie. Es ging um den neuen Menschen in ihr, der das Recht besaß, eine normale, gute Mutter zu besitzen. Ich werde es eben aushalten müssen, beschloß sie, auch wenn ich es mir nicht vorstellen kann. Eine Frau, die ein Kind hatte, hörte auf, ein freier Mensch zu sein. Man war eine gute Mutter und nichts sonst, oder man versagte als Mutter und behielt seine Persönlichkeit. Alle Bücher, die sich mit derartigen Fragen auseinandersetzten, kamen über diese Tatsache nicht hinweg und mußten sich damit begnügen, Kompromißlösungen zu suchen, die keinen Mensch verwirklichen konnte, weil es in Wahrheit in dieser Sache keinen Kompromiß gab. Niemand konnte eine Sache gleichzeitig behalten und aufgeben, und hatte man sich dazu entschlossen, sie aufzugeben, so mußte man es rückhaltslos tun. Es gab keinen Weg, der zur jungen Frau in der kleinen Wohnung zurückführte, die gewohnt war, zu tun und zu lassen, was ihr beliebte. Es gab nur noch die Annette mit dem gewölbten Leib, die auf den Regen lauschte und auf die Schritte ihres Mannes wartete» (Haushofer 1991: 151).

[71] «Während Annette, die Hand auf den Leib gepreßt, zum Telephon ging, um die Klinik anzurufen, erschrak sie über das leise Triumphgefühl darüber, daß alles so gekommen war, wie es hatte kommen müssen» (Haushofer 1991: 200).

[72] «Annette glaubte nicht an diesen Zufall, das Kind war tot, weil sie nicht an seine Wirklichkeit geglaubt hatte» (Haushofer 1991: 201).

[73] «Es liegt nur an mir [...] Ich kann einfach nichts festhalten, und so verläßt mich alles» (Haushofer 1991: 202)

[74] «daß sie vom Augenblick seiner Geburt an für ihn nichts anderes mehr gewesen wäre als die Mutter seines Kindes» (Haushofer 1991: 201).

[75] «Wenn man schwach war, sollte man nicht einem Starken zur Last fallen und ihn damit zwingen, grausam und ungerecht zu werden» (Haushofer 1991: 206)

- [76] «Stella war immer ein wenig schwerfällig und scheu gewesen» (Haushofer 2012: 7).
- [77] «dem oberflächlich gezähmten Raubtier» (Haushofer 2012: 31)
- [78] «Wild vor Sehnsucht und Verzweiflung wartete sie darauf, Richard wenigstens zu sehen, seine Stimme zu hören und einen Blick von ihm zu erhaschen» (Haushofer 2012: 40).
- [79] «die äußere Ordnung und Genauigkeit» (Haushofer 2012: 26).
- [80] «dieser wandelnden Göttin des Unglücks» (Haushofer 2012: 42)
- [81] «Er hatte alles geregelt, was zu regeln war» (Haushofer 2012: 45).
- [82] «aber sie war unfähig, die Spielregeln zu erlernen» (Haushofer 2012: 7).
- [83] «Annette ist die einzige von uns, die an Stellas Tod unschuldig ist» (Haushofer 2012: 25).
- [84] «Vom Tag seiner Geburt an hat er immer zu mir gehört» (Haushofer 2012: 5).
- [85] «Ihm zuliebe, um ihn in der Illusion zu erhalten, er wachse in einer geordneten Familie auf, habe ich zu allem geschwiegen» (Haushofer 2012: 25).
- [86] «Bemühte ich mich, nichts zu sehen und zu hören. Wolfgangs wegen und auch mir selbst zuliebe» (Haushofer 2012: 7).
- [87] «Vielleicht hänge ich zu sehr an diesem Kind, weil ich es in ungezählten Kriegstagen und -nächten in den Keller geschleppt habe, eng an mich gepreßt, um ihm die nötige Wärme zu geben, nichts in mir als den Gedanken, diesen kleinen Lebenskeim zu retten. Damals glaubte ich auch noch an die Liebe und an Richard, was für mich ein und dasselbe bedeutete. Aber Wolfgang ist mir geblieben, und noch immer schleppe ich in meinen Träumen das kleine Bündel in finsternen Kellern durch den Staub und Brandgeruch einstürzender Häuser» (Haushofer 2012: 37).
- [88] «Nicht wegen meines Aussehens also oder wegen meiner lebenswerten Eigenschaften liebte er mich, sondern nur als seinen Besitz. Eine beliebige Person an meiner Stelle hätte er ebenso geliebt, und auf diese Weise liebt er seine Kinder, sein Haus, kurz alles, was zu seiner Person gehört» (Haushofer 2012: 26).
- [89] «Eine Zeitlang konzentrierte sich mein ganzes Gefühl auf Wolfgang. Ich wurde eine närrische Mutter und erkannte es bald selbst. Dann fing ich an, mich streng zu

kontrollieren. Niemand weiß, wie oft ich die schon halb erhobene Hand zurückzog, die sich danach sehnte, sein Haar und seine Stirn zu berühren. Niemand weiß, wie oft ich, vor der Tür des Kinderzimmers stehend, mich lautlos abwandte und zurück in mein Zimmer ging. Ich habe mich verschlossen, gegen den Duft seiner Haut, gegen seine Stimme und die Verlockung der schwarzen Wimpern über gerundeten Wangen. Das Maß an Zärtlichkeit, das ich mir gestattete, ist genau so viel, daß ich davon leben kann und Wolfgang keinen Schaden erleidet» (Haushofer 2012: 28).

[90] «Da Wolfgang anfängt, seine eigenen Wege zu gehen» (Haushofer 2012: 29).

[91] «Es gibt Augenblicke, in denen plötzlich die Rollen vertauscht sind und ich zu einem törichten Kind werde, während seine dunkelgrauen Augen mild und nachsichtig auf mir ruhen, wie die Augen eines Vaters» (Haushofer 2012: 26).

[92] «Gern hätte ich gesagt: »Mein Lieber, du mußt mich nicht daran erinnern, daß du mich mit Wolfgang erpressen kannst. Ich weiß es schon, wie sehr ich dir ausgeliefert bin. Aber ich sagte es nicht. Er würde mich unerbittlich bestrafen, mich und Wolfgang, der doch ganz unschuldig war. Stella war nicht mein Kind. Es war ihr auch nicht zu helfen. Nichts, was ich tat, konnte ihr noch helfen» (Haushofer 2012: 43).

[93] «Es ist nicht meine Sache, Richard anzuklagen. Meine Aufgabe wäre es gewesen, das Leben zu behüten und vor mörderischen Zugriffen zu schützen. Und was habe ich tatsächlich getan? Ich habe das Leben einer Frau in guten Verhältnissen geführt, bin am Fenster gelehnt und habe den Duft der Jahreszeiten geatmet, während rings um mich getötet und verletzt wurde» (Haushofer 2012: 21).

[94] «Ich haßte und fürchtete Auftritte mit Richard. Er ist rachsüchtig und grausam in den Strafen, die er für mich ersinnt. Alle diese Strafen haben mit Wolfgang zu tun. Er ist so klug wie der Teufel, und ich habe Angst. Natürlich wußte ich, daß das eine schäbige Überlegung war. Meine Ruhe und Bequemlichkeit, ja selbst Wolfgangs Ruhe waren unwichtig im Vergleich dazu, daß ein junger hilfloser Mensch vor meinen Augen ruiniert wurde um eines Vergnügens willen, das jedes Straßenmädchen Richard hätte bieten können» (Haushofer 2012: 35)

[95] «Ich konnte zurückkehren in mein altes Leben mit Wolfgang, dem Garten und der guten täglichen Ordnung» (Haushofer 2012: 47).

[96] «Stella rächt sich an mir und nimmt mir das einzige, an dem mein Herz noch hängt» (Haushofer 2012: 5).

[97] «Mit seinen fünfzehn Jahren wußte er ebensogut wie ich, was vor unseren Augen geschah, und er versuchte verzweifelt, mich vor diesem Wissen zu schützen, während ich einzig und allein bestrebt war, ihn aus dem Spiel zu halten, und so genau das tat, was ich nicht hätte tun dürfen, nämlich nichts» (Haushofer 2012: 7).

[98] «Wolfgang verabscheut seinen Vater und verachtet mich wegen meiner Feigheit» (Haushofer 2012: 10).

[99] «Ein fremder erbitterter Mann, völlig erwachsen, kalt und ohne Erbarmen»; «[...] der so streng und starr aufgerichtet neben mir saß und mich nicht ansah» (Haushofer 2012: 47).

[100] «Was die kleine Annette betrifft, so müßte ich sie wohl instinktiv lieben, wenn sie nicht so sehr ihrem Vater gliche» (Haushofer 2012: 15).

[101] «Die beiden, Annette und ihr Vater, sind die geborenen Lockvögel, Fallen, die Gott, oder wer immer, den anderen gestellt hat, den Schweren, Treuen, Phantasie- und Gefühlvollen. Vielleicht ist Annette auch zu gesund und glücklich, als daß man sie wirklich lieben könnte» (Haushofer 2012: 15).

[102] «Vielleicht ist Annette auch zu gesund und glücklich, als daß man sie wirklich lieben könnte» (Haushofer 2012: 15).

[103] «Aber da er nichts so liebte wie sich selbst, muß er auch sein kleines Abbild lieben» (Haushofer 2012: 15).

[104] «Alles so mühelos und fast nebenbei, als hätte man sich eine kleine Katze angeschafft, die anfing, durch die Zimmer zu krabbeln und bald auf eigenen Beinen stand» (Haushofer 2012: 37).

[105] «Das leise Unbehagen, das mich manchmal in ihrer Nähe beschleicht, wenn sie auf meinen Schoß klettert und mich abküßt, gilt nicht ihr, und ich verscheuche es, sobald es auftaucht. [...] Ihre Küsse sind nur eine plötzliche Aufwallung und bedeuten nichts, sie sind vollkommen unverbindlich und im nächsten Moment vergessen» (Haushofer 2012: 37).

[106] «Annette hätte ebensogut das Kind einer Bekannten sein können, das zu Besuch bei mir war» (Haushofer 2012: 37).

[107] «Ja, ich klammere mich an diese Ordnung, an die regelmäßigen Mahlzeiten, die täglich wiederkehrende Arbeit, die Besuche und Spaziergänge. Ich liebe diese Ordnung, die es mir möglich macht zu leben» (Haushofer 2012: 19).

[108] «Einmal war alles gut und in Ordnung, und dann hat jemand die Fäden verwirrt. Ich kann den Anfang nicht mehr finden, und das Gespinnst unter meinen Händen verwirrt sich von Tag zu Tag mehr, es wächst und wuchert, und eines Tages wird es mich begraben und ersticken» (Haushofer 2012: 49).

[109] «Von einer leichtfertigen und habgierigen Mutter» (Haushofer 2012: 7).

[110] «Nur ist Luise keine schmerzgebeugte Mutter. Stellas Tod kam ihr sehr gelegen. Das wußten wir, und sie wußte, daß wir es wußten, aber sie seufzte und weinte, wie es ihre Rolle verlangte» (Haushofer 2012: 9).

[111] «Nun, da Stellas Erbteil, die Apotheke, an sie fällt, kann sie ihren Magister heiraten, der sie ohne diese Morgengabe nie genommen hätte. Sie kann sich diesen jungen, kräftigen Mann kaufen und sich eine Zeitlang einreden, daß sie Glück gehabt hat» (Haushofer 2012: 9).

[112] «Ein Unglücksrabe ist diese Luise, häßlich, vertrocknet und mannstoll» (Haushofer 2012: 12).

[113] «Das Beste, was Luise je für Stella getan hat, war, daß sie das Kind, das bei ihr verschüchtert in einem Winkel zu sitzen pflegte, als es ihr immer hinderlicher wurde, in eine Klosterschule steckte. Dort fand Stella immerhin so viel Liebe, daß sie acht Jahre hindurch davon leben konnte» (Haushofer 2012: 12).

Bibliografía Apéndice

HAUSHOFER, Marlen (1991): *Die Tapentür. Roman*. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.

—(1997): *Eine Handvoll Leben. Roman*. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.

—(2012): *Wir töten Stella. Das fünfte Jahr. Novellen*. Berlin: Ullstein Buchverlage [edición digital].